

EL IDEAL FEMENINO DE SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Un análisis de los “Estudios históricos sobre la mujer en la civilización” de la revista

La mujer

PAULA JANNETH SEGURA VIRACACHÁ

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

DEPARTAMENTO DE LITERATURA

CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

BOGOTÁ, FEBRERO DE 2010

EL IDEAL FEMENINO DE SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Un análisis de los “Estudios históricos sobre la mujer en la civilización” de la revista

La mujer

PAULA JANNETH SEGURA VIRACAHÁ

**TRABAJO DE GRADO PRESENTADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
PROFESIONAL EN ESTUDIOS LITERARIOS**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

DEPARTAMENTO DE LITERATURA

CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

BOGOTÁ, FEBRERO DE 2010

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

JOAQUIN SÁNCHEZ GARCÍA S. J.

DECANO ACADÉMICO

LUÍS ALFONSO CASTELLANOS S.J.

DECANO DE MEDIO UNIVERSITARIO

LUIS ALFONSO CASTELLANOS RAMÍREZ S. J

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

CRISTO RAFAEL FIGUEROA SÁNCHEZ

DIRECTORA DE LA CARRERA DE LITERATURA

LILIANA RAMÍREZ GÓMEZ

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

CRISTO RAFAEL FIGUEROA SÁNCHEZ

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al Dogma y a la Moral Católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”

*Para mi familia, especialmente a mi
madre, mis abuelos y Myriam
quienes siempre me han apoyado.*

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR	3
INTRODUCCIÓN	5
CAPITULO 1:	
Soledad Acosta de Samper y las publicaciones seriadas	12
1. Soledad Acosta de Samper	
1.1 Su vida.....	12
1.2 Sus inicios en el mundo de las letras	13
1.3 Algunos rasgos de su personalidad	15
1.4 Inspiraciones	17
1.5 Su contexto.....	20
2. Las publicaciones seriadas.....	25
2.2 Inicio de las publicaciones seriadas	26
CAPITULO 2:	
La mujer: concepto, ideal y realidad	33
1. El concepto de mujer	34
2. Ideal de mujer	40
2.1. El ideal mariano	41
2.2. El “ángel del hogar”	46
2.3. La educación de la mujer	50
CAPITULO 3:	
El ideal femenino de Soledad Acosta de Samper	57
1. Las mujeres en la civilización	63
1.1. La mujer Hebrea	64
1.2. La mujer Romana	69
1.3. La mujer Italiana.....	73
1.4. La mujer antes del cristianismo	75
CONCLUSIONES	78
BIBLIOGRAFÍA	81

*Te escribo, aunque ya sé que ninguna mujer
debe escribir; lo hago, para que lejos en mi
alma puedas leer*
Marcelina Desbordes-Valmore

NOTA PRELIMINAR

La presente investigación nace de un profundo cuestionamiento acerca de cómo la literatura y la historia siempre se suelen unir, aún cuando ninguna de las dos lo quiere reconocer. De hecho, han sido pocos los trabajos que sobre el tema se han publicado y en su gran mayoría han recibido una intensa crítica y no han sido del todo aceptados en la academia. Es por ello que hemos decidido aprovechar este espacio para reconocer algunos de los puntos en los que se unen los dos conocimientos que siempre han acompañado al hombre.

Ahora bien, hemos decidido escoger a una mujer del siglo XIX que desarrolla ambas labores, porque es transgresora en múltiples sentidos y además, porque a pesar de la importancia y popularidad que tuvo en su época, ha sido olvidada y creemos que es necesario retomarla porque sus escritos aún conservan una gran actualidad, que le servirían a esta nación para reconocer una historia de la escritura femenina que por mucho tiempo ha sido acallada aún cuando sus ecos siguen resonando.

De igual manera creemos que esta investigación sirve de base para continuar desarrollando el tema, el cual aún conserva muchos vacíos que es necesario llenarlos, con el fin de conocer más de nuestro pasado, nuestras letras y de lo que somos, ya no con el fin de antaño de formar una gran Nación, sino de formarnos como personas.

Por último, quisiera señalar que los textos con los que trabajamos hacen parte de las publicaciones seriadas de Soledad Acosta de Samper, algunas de las cuales no se encuentran completas, debido a su antigüedad y falta de cuidado, motivo por el cual en

ciertas ocasiones nos vimos detenidos en el trabajo archivístico, con lo cual no queremos justificar algunos de nuestros vacíos, sino hacer mención a lo arduo de esta tarea, que como mencionábamos aún se encuentra poco estudiada.

INTRODUCCIÓN

¿Cuál es el ideal femenino propuesto por Soledad Acosta de Samper en los “Estudios históricos sobre la mujer en la civilización” de sus publicaciones seriadas, principalmente en la revista *La mujer*? Dar respuesta a esta pregunta es lo que se busca en la presente investigación. Las publicaciones seriadas, para la segunda mitad del siglo XIX, fueron numerosas y variadas. Sin embargo, siguiendo el planteamiento propuesto por Patricia Londoño en su artículo “El ideal femenino del siglo XIX en Colombia” se nos proponen dos formas a través de las cuales se pueden estudiar las publicaciones seriadas dedicadas al “bello sexo”¹: por un lado, aquellas que ven a la mujer inmersa en el mundo doméstico; y por el otro, la mujer como sujeto independiente capaz de realizar labores ajenas a las domésticas (1995: 302 y ss.).

Tal vez el lector se pregunté ¿por qué este tema se desarrolla dentro de los estudios literarios, cuando un historiador se puede hacer cargo de ello? Responder a esta pregunta implica en primer lugar dar, o intentar dar, una definición de lo que se entiende por literatura e historia. Para luego ver los puntos en los cuales ambas disciplinas se unen. Así que comenzaremos por dar una posible definición de literatura Terry Eagleton, quien señala que la literatura se ha tratado de definir por varios caminos (como producto de la imaginación, formalismo, lo no pragmático, las bellas letras), pero todas deficientes en la medida en que no pueden abarcar la totalidad de lo que se entiende como literatura. A

¹ Según Suzy Bermúdez «Se cree que si a las representantes de la élite capitalina las llamaban el “bello sexo”, no era mera casualidad. Al reflexionar sobre los varones escritores de la prensa femenina en Santa fe de Bogotá se vio que a veces los llamaban el sexo feo o bien el sexo barbudo, en contraposición al bello. Esto se debía a que se esperaba que las mujeres ideales fueran bellas no sólo física sino espiritualmente. (...) [La mujer era definida como] “La última y mejor obra de Dios”. La mujer además era “la obra maestra de la naturaleza” y “el primer misterio de la creación”, pues para los varones era un ser indescifrable» (1993: 106)

pesar de ello realiza su aporte al decir que son los juicios de valor los que determinan si una obra es o no es literaria. Estos juicios de valor están determinados por un contexto y unas ideologías², que son, casi que, inherentes al ser humano. Estos juicios de valor impiden que la literatura sea vista como “objetiva” en la medida en que parten de una subjetividad, pero no por ello todo sería literatura, ya que siempre, y como consecuencia de vivir en sociedad, es necesario que no una, sino un amplio número de personas determine si eso es o no es literatura, aún cuando lo que se define es el carácter literario que tienen las obras.

En términos generales, se puede decir que literatura es aquello que un número determinado de personas, a partir de sus juicios de valor y su contexto, establecen como literatura, concepto que va variando, por lo que no se puede afirmar que la literatura siempre es esto o aquello, o no lo es, puesto que en varias ocasiones lo que en su época de publicación no era considerado literatura hoy en día lo es y viceversa.

Ahora bien, definir qué es historia ha sido un proceso largo que desde mediados del siglo XVIII se ha estado discutiendo y hasta el día de hoy no se ha concretado en la medida en que su definición, al igual que la de literatura, depende de unos juicios de valor y un contexto. Sin embargo, tomaremos la que da Hayden White, ya que uno de nuestros objetivos es unir la historia y la literatura. White señala que la historia es literatura en la medida en que implica la construcción de un discurso, de un relato y de una trama que permite dar a conocer los resultados de una investigación. Pero hay que tener en cuenta que «las obras históricas están hechas de hechos que existen fuera de la conciencia del escritor

² Señala Eagleton lo siguiente con respecto a la ideología «entiendo por “ideología” las formas en que lo que decimos y creemos se conecta con la estructura de poder o con las relaciones de poder en la sociedad en la cual vivimos» (1988: 27)

(...) [y] a diferencia del novelista, el historiador se enfrenta con un verdadero caos de sucesos *ya constituidos*, en el cual debe escoger los elementos del relato que narrará» (White, 2005: 17). Lo cual no quiere decir que no hayan textos literarios que basen su trama en hechos históricos, lo que los diferencia es la finalidad que tienen, dado que el texto histórico siempre desea dar a conocer o resignificar un hecho que fue verdad, mientras que lo literario no tiene aquella preocupación.

Demostrando así que la teoría de White tiene como objetivo volver a unir historia y literatura, dos disciplinas que antes estuvieron unidas, pero que se fueron separando debido a la búsqueda de la historia por convertirse en una ciencia³. Ahora bien, buscamos que estas dos disciplinas se unan en los textos escritos por Soledad Acosta (“los estudios históricos sobre la mujer en la civilización”) que tienen una misión específicamente educadora e histórica, pero cuya construcción es meramente literaria, y podemos llegar a esta afirmación haciendo un análisis de aquellos textos, lo cual se expondrá en el tercer capítulo.

Teniendo en cuenta lo dicho queda claro que son un grupo de personas quienes determinan lo que es o no es literatura, conformando así cánones e historias de la literatura que incluyen y excluyen obras de acuerdo a diferentes categorías de índole contextual o ideológica. Lo mismo sucede con la historia, donde se establece una serie de temáticas que

³ Señala Perrus que es «A partir del deslinde entre la concepción tradicional de la historia, entendida como “relato de sucesos memorables” ocurridos en el pasado cercano o remoto, y la fundación moderna, en el transcurso de los siglos XVIII y XIX, de una disciplina abocada a la reconstrucción y explicación “objetivas” de acontecimientos y procesos del pasado. Con esta distinción fundadora entre historia y relato, y la aspiración de la primera a constituirse en una disciplina de carácter científico con un estatuto similar al de las ciencias naturales, se fueron perfilando –en el ámbito antes indiviso donde confluían la reflexión histórica, la filosófica y las “bellas letras” – una serie de separaciones y especializaciones que dieron origen u lugar a nuestras modernas “ciencias humanas y sociales”, y acarrearón redefiniciones sumamente problemáticas de lo que había que entender por literatura en sentido estricto» (Perus, 1994: 9)

deben ser tratadas por el impacto que tuvieron o tienen para el momento en que se escribe dicha historia.

Soledad Acosta de Samper es relevante para este análisis porque: primero, en el canon literario⁴ no se encuentra; y segundo, porque su tema de investigación es muy novedoso para la sociedad santafereña de finales del siglo XIX. Ella no aparece dentro de aquel canon principalmente, porque quienes realizaron el canon (José María Vergara y Vergara) tenían una seria preocupación por desarrollar en Colombia las ideas de libertad y progreso, además, porque «las historias al estar vinculadas al proyecto fundacional defendieron una idea de nación» (Toro, 2006: 54). Es decir todo lo que entraba en el canon de la literatura era aquello que servía para consolidar una idea de nación y ciudadano, Soledad Acosta aunque tenía dicha preocupación por el hecho de incluir a una mujer dentro de esta “lista” implicaba que las mujeres sí tenían una importancia reconocida a nivel social, lo cual contradecía el sistema homogéneo de dominación masculina que se planteaba en dicho canon.

Es decir, era impensable que las mujeres escribiesen y tuviesen una gran importancia, aunque en la realidad sí la tenían, porque rompían el esquema que se deseaba imponer, ya que las obras literarias ubicadas en aquella historia describían a una mujer sumisa, entregada al hogar y a su esposo, que no tenía ninguna función más allá de las puertas de su casa. Soledad Acosta aunque está de acuerdo con la sumisión y la entrega al hogar, reconoce que la mujer sí tiene un gran impacto a nivel social porque se encarga de formar a

⁴ El canon literario del cual hablamos es aquel que surge de las historias de la literatura, tales como *Historia de la literatura colombiana* de Antonio Gómez Restrepo (1938-1957), *La literatura de Colombia* de Javier Arango Ferrer (1940), *La literatura colombiana. Sinopsis y comentarios de autores representativos* de José A. Núñez Segura S.J.(1952-1976), entre otras.

los que serán luego ciudadanos, es decir de manera sutil plantea que es en las manos de las mujeres donde está el futuro de la nación y que de ellas depende que se prospere o se destruya aquel proyecto que se llama Colombia.

De igual manera es menester señalar que esta situación, la de no incluir mujeres en el canon, se dio también debido a los bajos niveles de alfabetización que tenían las mujeres para la segunda mitad del siglo XIX. Además a las mujeres les estaba prohibido escribir géneros “formales” tales como la poesía y la novela; así mismo si escribían era o por orden de un hombre o bajo la supervisión de éste, es por ello que José María Samper, esposo de Soledad Acosta, incluye un texto titulado “Dos palabras al lector”, dentro de *novelas y cuadros de la vida sudamericana*, en donde ampara a su esposa para que pueda publicar sus obras⁵ y no se vea como una decisión de ella, sino de él quien es el que domina.

⁵ «Debo una explicación a cuantos favorezcan con su benévola acogida este libro, respecto de los motivos que han determinado su publicación.

La esposa que Dios me ha dado y a quien con suma gratitud he consagrado mi amor, mi estimación y mi ternura, jamás se ha envanecido con sus escritos literarios, que considera como meros ensayos; y no obstante la publicidad dada a sus producciones, tanto en Colombia como en el Perú, y la benevolencia con que el público la ha estimulado en aquellas repúblicas, ha estado muy lejos de aspirar a los honores de otra publicidad más durable que la del periodismo. La idea de hacer una edición, en libro, de las novelas y los cuadros que mi esposa ha dado a la prensa, haciéndose conocer sucesivamente bajo los seudónimos de *Bertilda*, *Andina* y *Aldebarán*, nació de mí exclusivamente; y hasta he tenido que luchar con la sincera modestia de tan querido autor para obtener su consentimiento.

¿Por qué lo he solicitado con empeño? Los motivos son de sencilla explicación. Hija única de uno de los hombres más útiles y eminentes que ha producido mi patria, del general Joaquín Acosta, notable en Colombia como militar y hombre de estado, como sabio y escritor y aún como profesor, mi esposa ha deseado ardientemente hacerse lo más digna posible del nombre que lleva, no sólo como madre de familia sino también como hija de la noble patria colombiana; y ya que su sexo no le permitía prestar otro género de servicios a esa patria, buscó en la literatura, desde hace más de catorce años, un medio de cooperación y actividad.

He querido, por mi parte, que mi esposa contribuya con sus esfuerzos, siquiera sean humildes, a la obra común de la literatura que nuestra joven república está formando, a fin de mantener, de algún modo, la tradición del patriotismo de su padre; y he deseado que, si algún mérito pueden hallar mis conciudadanos, en los escritos de mi esposa, puedan estos servir a mis hijas como un nuevo título a la consideración de los que no han olvidado ni olvidarán el nombre del general Acosta» (Acosta, 2004: 41)

Ahora bien, no trabajaremos las obras literarias de la autora sino las publicaciones seriadas, porque para la segunda mitad del siglo XIX, fueron numerosas y variadas, teniendo a su vez un mayor número de lectoras, ya que éstas resultaban más asequibles a las mujeres santafereñas, debido a que éstas tenían una gran variedad de contenidos, escritos de manera fluida y cercana una mujer con una amplia formación. Así mismo, es en la labor periodística donde de una manera más clara se expone por medio de ejemplos el ideal que estaba forjando. De igual manera las publicaciones seriadas contribuyeron para que las mujeres poco a poco fueran produciendo más obras de todo tipo dejando oír su voz cada vez más.

De igual manera, estas publicaciones seriadas, en sí mismas se podrían considerar literatura en la medida en que la mayor parte de su contenido eran relatos y novelas, los cuales estaban acompañados de diversos consejos, cuyo tamaño es mínimo en comparación al de aquellos textos. Así mismo, es muy común que dentro de aquellas novelas y relatos se incluyan los consejos y demás reflexiones, que serían expuestas ampliamente. Es decir las novelas y relatos sirven de introducción para lo que posteriormente aparecerá en la revista, preparando a las lectoras y produciendo que éstas asocien la novela o el relato con esta nueva información que ha de serle útil en su vida cotidiana. Por ejemplo, *Domingo de la familia cristiana* es una revista que no presenta artículos separados, sino que dentro de un mismo relato se hallan inmersos todos estos.

Soledad Acosta es una escritora que pasa por una transformación paulatina que va desde la concepción de las mujeres como dedicadas al hogar y a la familia, hasta la capacidad de la mujer de desempeñar cualquier labor, lo cual no quiere decir que por ello descuide su

hogar, ya que ante todo ve a la mujer como un eje articulador de la sociedad por medio del cual la moral es transmitida a todos los ámbitos sociales, porque la mujer es ante todo una educadora por ser madre.

Ahora bien, es necesario aclarar que aunque el corpus centran de este trabajo son los “Estudios históricos sobre la mujer en la civilización” su base son dos novelas pertenecientes a Soledad Acosta de Samper que se encuentran en la revista *La mujer*, y que permiten hacer las comparaciones entre historia y literatura, estas son: *Anales de un paseo* y *Las dos reinas de Chipre*.

El presente trabajo constará de tres partes, en el primer capítulo revisaremos la vida de Soledad Acosta de Samper, sus inicios en el mundo de las letras, algunos rasgos de su personalidad, sus influencias y su contexto; para luego hacer un breve recuento sobre el inicio de las publicaciones seriadas. En el siguiente capítulo, se desarrollará un análisis acerca de la mujer como concepto e ideal de finales del siglo XIX en Colombia. El tercer capítulo, hablará del ideal femenino propuesto por Soledad Acosta en sus “Estudios históricos sobre la mujer en la civilización”, para esto compararemos su estructura con algunas de sus novelas históricas que también aparecen en la revista *La mujer*, con el fin de que el lector note la estrecha unión que hay entre la construcción de los “estudios” y las novelas. Finalmente, se expondrán las conclusiones y los aportes de esta investigación.

CAPÍTULO 1

Soledad Acosta de Samper y las publicaciones seriadas

1. Soledad Acosta de Samper:

1.1 Su vida

Soledad Acosta de Samper es una de las mujeres más relevantes del siglo XIX en Colombia por su amplia producción, literaria y periodística. Sin embargo, con respecto a su vida se tienen múltiples vacíos. En términos generales se puede decir que fue la única hija de General Joaquín Acosta y Carolina Kemble. Su padre fue un reconocido militar que combinó las armas con las letras, así como luchó en las guerras independentistas también se dio a conocer como “historiador, geógrafo, hombre científico y filántropo”. En cuanto a su madre la información que se tiene es escasa, se sabe que nació en Nueva Escocia, Canadá, motivo por el cual Soledad Acosta recibió una muy nutrida mezcla de pensamiento, porque por una parte recibía la influencia española, católica, y por otra el pensamiento anglosajón y protestante.

Soledad Acosta de Samper, nace en Bogotá el 5 de Mayo de 1833; a sus cuatro años comienza una serie de viajes que la llevan por diversos países y culturas, lo cual le permite recibir una educación excepcional a la de sus demás compatriotas. Dentro de las principales ciudades que visitó se encuentran: Londres, Versalles, París, Lima, Sevilla, Quito, Nueva York y Nueva Escocia, donde vivió con su abuela materna durante casi un año,

A sus veintidós años se casa con José María Samper, hombre que había conocido en Guaduas, y quien desde muy joven había publicado diversos poemas y artículos políticos que apoyaban el liberalismo radical, pensamiento que para la época cobraba fuerza. Al siguiente año de su matrimonio, en 1856, nace su primera hija a quien llamaron Bertilda, nombre que surge como anagrama de la palabra Libertad. De igual manera este nombre fue usado por Soledad Acosta en varias ocasiones para firmar sus escritos. En 1857, nace su segunda hija a quien le colocaron el nombre de Carolina. Tres años después nace su tercera hija, quien lleva por nombre María Josefa. Su última hija, llamada Blanca Leonor nace en 1862. Para 1872 como consecuencia de una epidemia Carolina y María Josefa murieron, quedando sólo su hija mayor y menor. De la mayor se sabe que ingresó al convento de la Enseñanza en 1892, aún cuando su madre no estaba del todo de acuerdo, y muere en 1910, doce años después de la muerte de su padre. Con respecto a Blanca Leonor sólo sabemos que todo el tiempo estuvo con su madre encargada de sus cuidados, hasta 1913 cuando Soledad Acosta muere en Bogotá.

1.2 Sus inicios en el mundo de las letras

Para cuando tenía veinticinco años, junto con su esposo, Soledad Acosta comenzó a realizar colaboraciones a diferentes publicaciones, escribiendo “reseñas de libros, ópera y música, comentarios de moda, traducciones y relatos de viajes” (Ordoñez, 2004:405). En 1862, y debido a que José María Samper fue nombrado redactor de *El Comercio* (publicación limeña), Soledad Acosta colaboró en la realización de *Revista americana* que se distribuía

de manera adjunta al periódico. Siendo estas sus primeras inmersiones en el mundo de las letras.

Su primer libro de novelas fue publicado en 1869 bajo el título *Novelas y cuadros de la vida sur americana*, su publicación se llevó a cabo en Gante, Bélgica, debido a que “allá era más barato el papel y desde allá lo podían distribuir más fácil a otras partes” (Alzate, 2003:49), en este libro se encontraba *Dolores*, *Teresa la limeña*, *El corazón de la mujer*, *La perla del valle*, *Ilusión y realidad*, *Luz y sombra*, *Tipos sociales: la monja y mi madrina* y *Un crimen*. Algunas de estas novelas y cuadros ya habían sido publicados de manera periódica en las revistas donde colaboraba.

Nueve años después de la publicación de su libro *Novelas y cuadros de la vida sur-americana*, Soledad Acosta se dedicó con gran ahínco a las publicaciones seriadas, de hecho dirigió e hizo parte de cinco (*La mujer* [1878-1879], *La familia: lecturas para el hogar* [1884-1885], *El domingo de la familia cristiana* [1889-1890], *El domingo* [1898-1899] y *Lecturas para el hogar* [1905-1906]) por lo general eran revistas quincenales, la más importante fue *La mujer*, dado que fue la primera publicación dirigida al “bello sexo” escrita y dirigida sólo por mujeres en Colombia.

También Soledad Acosta se reconoce por sus publicaciones históricas, dentro de las cuales priman las biografías de hombres de gran importancia dentro de la historia, principalmente, colombiana. Pero es su *Catecismo de la historia de Colombia* publicado en 1908 uno de sus

principales textos en este campo debido a que se convirtió en manual de enseñanza de algunos colegios de la República.

1.3 Algunos rasgos de su personalidad

Una de las principales particularidades de la vida de esta prolífica escritora, fue el haber podido viajar a Europa, dado que gracias a estos viajes su educación fue más completa y sofisticada en comparación a la que recibían las mujeres del común de la Nueva Granada. De igual manera, debido a la influencia de su madre, aprendió otros dos idiomas aparte del español: el francés y el inglés, razón por la cual se caracterizó además de ser escritora por ser traductora.

Otro de los aspectos relevantes de la vida de Soledad Acosta fue el uso de seudónimos al momento de publicar. Esta costumbre fue muy común dentro de los escritores de la época, especialmente dentro de las escritoras. Algunos de los seudónimos de Soledad Acosta eran: “Aldebarán”⁶, "Andina", "Renato", “Orión”, “Olga” y "Bertilda", el cual ya habíamos nombrado. Muchas veces los seudónimos eran utilizados para proteger la identidad de los autores de determinados textos, especialmente dentro de las mujeres dado el fuerte influjo de la soberanía masculina dentro de las letras. Sin embargo, no se conoce a ciencia cierta el motivo por el cual nuestra autora los usa.

⁶ Montserrat Ordoñez en su texto “Soledad Acosta de Samper: ¿un intento fallido de la literatura nacional? *Laura*, una historia perdida” explica este seudónimo «Aldebarán es uno de los más hermosos seudónimos de Soledad Acosta de Samper, una estrella de primera magnitud de la constelación de Tauro, con un nombre que viene del árabe y significa “el seguidor o acompañante”, seguramente porque es la estrella que sigue a las Pléyades. En una terminología que nos acerca más al siglo XIX, es una estrella roja gigante también llamada Alfa Tauri» (2005: 260)

Ahora bien, en lo que se refiere a la personalidad de la autora, contamos con un variado número de elogios que exaltan su virtud como mujer de letras, que a pesar de las adversidades logra continuar con su proyecto literario, histórico y periodístico⁷. Curiosamente logra pertenecer al mundo público, manteniendo su mundo privado al margen, ya que como lo dice Montserrat Ordoñez en el prólogo a *Novelas y cuadros de la vida sudamericana*, Soledad Acosta se caracteriza por tener un carácter reservado. (2004:17).

Pero además de su carácter reservado, casi que nada sabemos de otras de sus características, en parte porque no se puede afirmar ni negar que en parte de su producción estén presentes sus rasgos personales, debido a la variedad no sólo de sus escritos, sino además de sus personajes. En ningún momento se puede decir que Soledad Acosta se ve en este o aquel personaje.

Sin embargo, podemos señalar una de sus principales precauciones, presente en la mayoría de sus textos, un constante cuestionamiento acerca de la educación de la mujer, sobre qué se le debe enseñar y con que fin⁸. Incluso se podría llegar a decir que la mayoría de sus fuerzas estuvieron dirigidas a educar a la mujer por medio de la literatura y la historia, al ser estas dos formas que Soledad Acosta conocía a profundidad y que a la vez se prestaban para dejar allí plasmado el ideal de mujer que se buscaba.

⁷ Señala Montserrat Ordoñez en el prólogo a *Novelas y cuadros de la vida sudamericana* que «además del seudónimo y de la juventud de la escritora, creo que es definitivo el tono de reconocimiento y admiración que con frecuencia seguía apareciendo en los comentarios sobre Soledad Acosta de Samper» (2004: 20)

⁸ De este tema hablaremos más detalladamente en el siguiente capítulo.

1.4 Inspiraciones

Tal como lo señala Bernardo Caycedo en su texto “Semblanza de Doña Soledad Acosta de Samper” se pueden tomar dos líneas de inspiraciones en la vida de nuestra autora, por un lado la de su padre y la de su esposo, y por otro la de sus viajes y lecturas (2005: 149).

De su padre sabemos que recibió una fuerte influencia principalmente en dos ámbitos: en el pensamiento religioso y en lo académico. De lo primero podemos decir que él era un muy ferviente católico que combinaba su fe con su pasión por las ciencias y la historia; de lo segundo, sabemos que recibió una muy esmerada educación tanto dentro como fuera del país. En un borrador de la biografía que le hizo a su padre encontramos una afirmación que confirma esta idea:

«Mi padre tenía por mí, su hija única, un amor bien entendido, así es que su principal anhelo era inculcarme la idea de que buscarse en el estudio la distracción de la vida. Pero temiendo que me envaneciese o llenase de ilusiones, deseaba que me dedicase particularmente a estudios serios que son generalmente el resorte de la educación de la mujer, sobre todo en Colombia. Hízome pues seriamente estudiar en París adonde me llevó muy niña y después a su lado, pero desgraciadamente a poco de haber regresado a nuestra patria, la muerte le arrebató casi repentinamente y me dejó en una orfandad (*sic*) no solamente física sino también del espíritu. Mi dolor fue tan grande que jamás me he podido consolar de haberlo perdido, pero desde entonces *juré en mi alma trabajar sin tregua en educar mi alma de la manera que él lo hubiese deseado*» (citado en Ordoñez, 2005: 407, énfasis nuestro).

Igualmente, su esposo fue un gran apoyo para su labor como escritora, es por ello que encontramos en “dos palabras al lector”, que sirve de presentación a *Novelas y cuadros de la vida sudamericana*, no sólo la presentación de su esposa, sino que además se demuestra que aquella publicación fue motivada en gran parte por él. De igual manera cabe recordar que ambos desarrollaron proyectos periodísticos en los cuales se complementaban, claro

ejemplo de ello es la *Revista americana* que circuló como suplemento del diario *El Comercio*.

Sin embargo, dentro de su pensamiento no son sólo estos dos hombres quienes inspiraron y motivaron considerablemente la obra de Soledad Acosta, es menester señalar la que produjo su abuela materna, quien en oposición a su padre, era protestante; ella durante la estancia de Soledad Acosta con su madre en Nueva Escocia trató de educarla en su creencia religiosa⁹. Empero su creencia religiosa nunca cambió, a pesar de ello en ciertos artículos encontramos una línea de pensamiento muy acorde a la del protestantismo calvinista, al cual pertenecía su familia materna, ya que esta creencia establece al trabajo y sus logros como una manera de recibir la gracia de Dios, por lo cual siempre motiva a sus seguidores a desempeñarse en cualquier trabajo. Pensamiento en cierta medida diferente al católico de la época dado que éste sólo esperaba la gracia de Dios al momento de la muerte, así que no importaba si en la vida terrenal se sufría y se pasaban necesidades, ya que en el “Reino de Dios” se recompensaría aquel sufrimiento.

Ahora bien, en lo que respecta a sus influencias literarias sabemos que fueron numerosos autores a los que ella tuvo acceso y tomó como modelos, bien sea por su estilo o por sus

⁹ Dice Soledad Acosta en una de las páginas de su diario lo siguiente: «Yo no soy fanática, pero soy profundamente religiosa, y creo que la religión que yo he escogido es la mejor para adorar a Dios; yo no soy católica sin haber reflexionado mucho sobre esto; hasta los doce años viví en Bogotá; después fuimos a vivir diez meses con la madre de mi mamá, que era protestante. Ella trató de convertirme. Mientras que estuve allí no leí más sino libros protestantes, no iba sino a Iglesias protestantes; pero aunque muy niña, escuchaba todo, leía todo, nunca contradecía, pero no me pude convencer. En Francia estudié y comparé los dos cultos, el católico y el protestante, y estoy hondamente convencida que el primero es el mejor...» (citado en Caycedo, 2005: 146).

planteamientos; sin embargo, fueron los franceses, especialmente, quienes influyeron no sólo en su obra sino en su pensamiento, a nivel tanto histórico como literario.

Los principales autores que podemos señalar como modelos en Soledad Acosta son, por ejemplo Madame Staël, quien escribió diferentes textos tanto de historia como de teoría literaria en la que se comparan algunos de los movimientos que se encontraban vigentes a principios del siglo XIX. Está también Madame Zoé Gatti de Gamond «autora socialista belga que escribió obras como *De la educación social de la mujer en el siglo XIX* (1833) y *De los deberes de la mujer y de los medios más apropiados para asegurar su felicidad* (1838) y quien se preocupó por mejorar la educación de las mujeres, creando y dirigiendo dos escuelas gratuitas: una para formar jóvenes maestras y otra para obreras adultas». (Alzate, 2005:329). Ellas al igual que muchas mujeres le sirve no sólo de influencia, sino de ejemplo, ya que son mujeres que se dedican al estudio y no por ello descuidan sus deberes como mujeres, es decir su rol de hijas, esposas y madres.

Víctor Hugo es, sin duda, uno de los principales autores franceses que inspiró a Soledad Acosta de Samper, podemos leer en uno de los artículos de la revista *La mujer* que Eugenia de Guerin dice de Hugo: «es divino, infernal, sabio, loco, es pueblo, es rey, es hombre, mujer, pintor, poeta y escultor es todo» y Soledad Acosta reafirma aquella idea diciendo pocas líneas después: «¿Quién que haya leído a Víctor Hugo no encontrará que en aquellas pocas frases está descrito el más grande poeta del siglo? Aquel sublime y repulsivo prosador, aquel poeta audaz, profundo, tierno y aterrador: la encarnación del siglo XIX» (Tomo II, 1879: 18).

Así mismo, Sir Walter Scott marcó la obra de Soledad Acosta de Samper, especialmente por sus novelas históricas, ya que estas servían de medio de divulgación, y al ser la educación una de las principales labores que pretendía desarrollar Soledad Acosta fueron las novelas históricas un vehículo seguro dentro del cual ella podía sintetizar tanto la historia como la literatura, instruyendo y “divirtiéndolo” a la vez.

Otras grandes influencias fueron Lamartine y Michelet, hombres de gran renombre en la literatura y la historia francesa a quienes Soledad Acosta no sólo leyó, sino que conoció personalmente, dada su estadía en Europa durante largos periodos (Caycedo, 2005: 153). En fin, podríamos decir que Soledad Acosta recibió un sinnúmero de influencias dado su lugar público dentro de las élites intelectuales tanto europeas como Latinoamericanas, es necesario señalar que son pocos los autores latinoamericanos que ejercen una fuerte influencia sobre ella debido, tal vez, a su desconocimiento a causa de la falta de acceso a sus producciones.

1.5 Su contexto

El contexto dentro del cual vivió Soledad Acosta estuvo marcado por la presencia de constantes cambios a nivel económico, político y social. Tomaremos como fecha de inicio de este contexto 1781 cuando se desató la rebelión de los Comuneros, seleccionamos esta fecha y ese hecho por las implicaciones que tuvo a lo largo del siglo XIX, y en general las implicaciones que aun tiene en nuestros días.

La rebelión de los Comuneros se desató a causa del alto costo en los aranceles impuestos por el mandato español debido al patrocinio de la independencia de Estado Unidos. Este hecho no se puede tomar como un antecedente directo de la independencia dado que, por ejemplo, uno de sus lemas era “viva el Rey y muera el mal gobierno”; sin embargo, sí marca un inicio a nivel público de las inconformidades que se tenían a causa de la manera en que era gobernada esta colonia. Principalmente en los beneficios que tenían los españoles en comparación a los beneficios que recibían los criollos. Estos últimos buscaban un mayor reconocimiento en plazas públicas y demás actividades gubernamentales.

Antonio Nariño fue uno de los personajes que desde un primer momento vió la necesidad y posibilidad de independizar por completo a la Nueva Granada, debido principalmente a su formación: cabe señalar que fue él quien en 1793 tradujo los Derechos del Hombre, uno de los principales frutos de la Revolución Francesa. Pero para 1797 desistió de la idea de la independencia, dado que veía que el pueblo aun no estaba listo para gobernarse solo.

Ahora bien, un hecho que sí influyó de manera directa en el proceso independentista de las colonias españolas fue la invasión napoleónica a España en 1808. Fernando VII fue destituido del poder y el imperio quedó en manos de José I, hermano de Napoleón, y de la Junta Central, institución creada por los fieles seguidores del rey que buscaban gobernar las colonias españolas mientras que se restituía al rey. Esta Junta fue imitada en territorio americano donde los criollos comenzaron a ver una forma legítima de acceder al poder.

El 20 de Julio de 1810 se impuso en Bogotá la junta que pretendía gobernar el territorio neogranadino, sin embargo ya se habían instaurado otras juntas en este territorio y ninguna aceptaba la soberanía de la otra, motivo por el cual desde esa época se notaba una profunda separación entre los habitantes de la Nueva Granada. Volviendo a la instauración de la junta en Bogotá es interesante señalar, dada nuestra preocupación por la mujer, que la esposa del Virrey Amar y Borbón «fue detenida, no tanto por representar una amenaza para la junta de Bogotá, sino más bien con el fin de aplacar un motín de mujeres que querían verla humillada» (Bushnell, 1999: 64). Como vemos las mujeres sí participaban de este tipo de movimientos, aun cuando su lugar no era reconocido.

Este período de las juntas es denominado por los historiadores como “La patria boba”, y de ella destacamos que la Nueva Granada estaba dividida en cinco regiones principales, Antioquia, Cartagena, Bogotá, Santander y Pasto, cada una de las cuales tenía su propia junta, la ultima se caracterizaba por ser la más conservadora y no estar pendiente de las ideas y el proceso independentista. Las otras cuatro si tenían unos deseos muy marcados por liberarse del yugo español y hacerse autónomas, motivo por el cual algunas de ellas establecieron reformas tales como la abolición de la esclavitud y la excepción de pagar tributo por parte de los indígenas, aunque esta situación no establecía un nuevo orden.

Para 1815 y 1816 aquellas juntas se disolvieron a causa del proceso de reconquista llevado a cabo por Pablo Morillo, la mayoría de los patriotas fueron diseminados, pero el espíritu y las ansias de libertad aún estaban presentes, razón por la cual se crearon guerrillas que

luchaban en contra de los realistas¹⁰. Simón Bolívar unió a aquellos grupos guerrilleros y estableció todo un ejército con el cual libró muchas batallas, siendo la más importante la del 7 de Agosto de 1819 en el Puente de Boyacá, ya que produjo la huida del virrey y la toma de posesión del gobierno por parte de los patriotas. Gracias a esa victoria se comenzó a retomar el territorio antes ocupado por el ejército español hasta que los patriotas recuperaron todo el territorio de la Nueva Granada y lo rebautizaron con el nombre de la Gran Colombia, que constituía el territorio de Venezuela, Ecuador y Colombia.

Ya para 1821 todo el territorio estaba en manos de los patriotas y en el Congreso de Cúcuta se plantearon los lineamientos a partir de los cuales se iba a gobernar esta nueva nación. Una de las reformas más significativas fue la incautación de pequeños monasterios, lo cual causó malestar dentro de los habitantes, cabe señalar que este nuevo gobierno se consideraba liberal y muchos de sus seguidores veían que el catolicismo era una institución que no permitía el progreso. Al año siguiente y durante el gobierno de Francisco de Paula Santander, la Gran Colombia fue reconocida por Estados Unidos y La Gran Bretaña, hecho muy significativo en la medida en que fue una de las primeras naciones de Latinoamérica en ser reconocida.

A pesar de los esfuerzos de Bolívar y sus seguidores La Gran Colombia se disolvió a mediados de 1830 debido a la falta de unión que desde la instauración de las juntas se venía dando. El primer país en separarse fue Venezuela seguido por Ecuador. A raíz de esta

¹⁰ Policarpa Salavarrieta, una de las mujeres más destacadas de la Independencia, pertenecía a un grupo guerrillero y si bien nunca usó las armas sí fue de gran ayuda en la obtención de información, dado su trabajo como costurera en la casa de un soldado de alto rango español.

situación y de los múltiples conflictos que se comenzaron a gestar entre diferentes élites, el nombre del territorio volvió a cambiar y desde 1831 retomó su nombre de Nueva Granada. Una de las principales preocupaciones de este nuevo gobierno fue la educación, motivo por el cual se abrió un número significativo de escuelas tanto primarias como secundarias que buscaban abolir el analfabetismo, por lo menos en los varones.

Para la segunda mitad de siglo los conflictos no habían terminado, por el contrario, se habían definido los dos partidos tradicionales de Colombia, (nombre que se retomó en 1863), el liberal y el conservador, los cuales tenían constantes pugnas. Hasta 1880 fueron los liberales quienes tuvieron el poder, pero para las dos últimas décadas del siglo XIX fueron los conservadores quienes estuvieron al mando, período llamado La Regeneración, cuyos máximos logros fue la instauración de la constitución de 1886 y la creación del Himno Nacional, la primera por ser una constitución que regía en todo el territorio y el segundo al ser un símbolo que pretendía no sólo unir, sino crear una identidad nacional. Valga señalar que Soledad Acosta apoyó este movimiento e incluso sus obras, en cierta medida, sirvieron para divulgarlo.

Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos, de quienes estaban en el poder, se desató una guerra denominada la Guerra de los mil días, la cual produjo un debilitamiento del poder en términos generales dado que tanto la política como la economía no estaban pasando por su mejor momento. Y debido a esta situación Panamá con el apoyo de Estados Unidos se separó del territorio colombiano en 1903, hecho que causó cierta indignación en algunos de los habitantes colombianos, incluso Soledad Acosta y un grupo de mujeres manifestaron su

rechazo a esta acción no sólo por parte de Panamá, sino además por parte de Estados Unidos quien a los ojos de muchos no tenía que haberse involucrado en asuntos nacionales.

En fin, Soledad Acosta de Samper como vemos vivió en una época de muchos cambios, reformas y luchas; sin embargo, ella como muchos y muchas de sus compatriotas no perdió la fe y siempre luchó, no sólo en el papel, sino por ver a Colombia como un país estable que podía aplicar tanto los modelos económicos, políticos y culturales europeos; concebía nuestro territorio como un lugar en el cual se podían erradicar los errores de las otras naciones, haciendo una nación soberana, autónoma y libre, aparentemente, de vicios.

2. Las publicaciones seriadas

Las publicaciones seriadas para mujeres comenzaron en Colombia durante el siglo XIX debido, principalmente, al fuerte influjo de las ideas provenientes de Europa que desde 1792 comenzó a escuchar de manera fuerte la voz femenina. Para ese año Mary Wollstonecraft publica su libro *Vindicación de los derechos de la mujer*¹¹ en el que expone su preocupación sobre la educación de la mujer, educación que no se tenía en cuenta, ya que el único lugar que se le asignaba a la mujer era el del hogar, reafirmando aquella idea antiquísima según la cual el hombre abarca la *polis* mientras que la mujer queda recluida en el *oikos*, es decir el hombre tiene un lugar público y la mujer está exenta de ese lugar.

¹¹ Este texto es considerado uno de los primeros textos feministas. Una de las ideas centrales es: «hasta que no se eduque a las mujeres de modo más racional, el progreso de la virtud humana y el perfeccionamiento del conocimiento recibirán frenos continuos» citado en Carmen Martínez Gimeno *textos: vindicación de los derechos de la mujer* <http://www.raco.cat/index.php/Asparkia/article/viewFile/108391/154822> (consultado el 20 de septiembre de 2009)

Ahora bien, es necesario señalar que las publicaciones seriadas para señoras y señoritas¹², tenían como principal función promover la educación de la mujer, ya que según sus autores en ellas estaba la formación moral de la sociedad, la cual aun estaba buscando una identidad.

2.1 Inicio

Como ya se mencionó, la principal influencia se recibía de Europa y Estados Unidos, dos centros culturales de los cuales bebían fervientemente los intelectuales colombianos, especialmente de los autores franceses, ya que se les veía como grandes pensadores y modelos a seguir.

La primera publicación dedicada exclusivamente a las mujeres tuvo su aparición en 1693 y se llamó *The Lady's Mercury*, fue dirigida por John Dunton. Sin embargo, es menester señalar que anteriormente en los periódicos netamente masculinos se tenían secciones dedicadas exclusivamente a las mujeres, donde curiosamente se hace una separación-uniión de lo político y lo hogareño en la medida en que aunque el periódico tratara temas políticos, había una sección dedicada a los temas del hogar, lo cual permite que la mujer lea sobre política y temas de hombres enterándose así de lo que acontecía en su entorno, lo cual le permitió salir de su rutina hogareña y hacer parte de la *polis* aunque fuera sólo por medio de la lectura, (Gallego, 1990: 23-27).

¹² Pilar Salcedo define las publicaciones femeninas como «el conjunto de publicaciones periódicas destinadas a la mujer, sean o no escritas por mujeres. No se incluyen en este concepto las revistas que cuentan con mayoría de lectoras -caso frecuente en muchos semanarios gráficos-, sino las que se proclaman a sí mismas destinadas a un público femenino y están concebidas en función de dicho público. En el propósito fundamental de servicio a la mujer se basa la auténtica publicación femenina» *Prensa femenina* http://www.canalsocial.net/GER/ficha_GER.asp?id=9960&cat=medioinformacion (consultado el 15 de agosto de 2009)

Las publicaciones femeninas tuvieron dos momentos, «al principio reclamaron una mejor educación, e hicieron un llamado a los hombres para que modificaran su actitud y la valoraran más. Luego surgieron los periódicos que pretendieron concientizar a las propias mujeres de su condición, para que ellas mismas presionaran por cambios económicos, legales y sociales, que les permitieran una mayor autorrealización y les brindara un mayor respeto de parte de la sociedad», (Londoño, 1995: 358).

De igual manera, es necesario señalar que las publicaciones dirigidas a las mujeres excluían totalmente los problemas que se presentaban a nivel político o económico, en parte porque no se veía adecuado que la mujer se insertara en esos temas, y porque, además, se tenía la concepción que el hogar, y por tanto la mujer, debía ser un lugar tranquilo, lleno de paz y alejado del caos que se producía en las calles. Es por ello que «Anselmo Pineda, director de *La Velada*, señalaba que la publicación a su cargo buscaba propiciar ratos de solaz, de reunión y de tranquilidad que sólo se lograban a la lumbre y al amor del hogar» (Bermúdez, 1993: 27).

Vemos entonces que aquellas publicaciones no estaban dirigidas sólo a las mujeres, alrededor de ellas se reunía toda la familia, es por ello que varios de los títulos de estas publicaciones están acompañados por menciones tales como: La familia: lecturas para el hogar, El domingo de la familia cristiana, etc. Ambas dirigidas por Soledad Acosta. Estas publicaciones y las demás que se dieron en la época, fueron un acercamiento a la literatura, la historia y la educación, un acercamiento que buscaba unir más a las familias e imponer un estilo familiar que no se diferenciaba mucho del colonial, éste “nuevo” modelo lo único

que pretendía era insertar los pequeños cambios que se estaban llevando a cabo en las políticas sociales, tales como el matrimonio civil y la posibilidad del divorcio.

Una de las primeras publicaciones en Colombia dirigida a la mujer es la *Biblioteca de señoritas*¹³ cuyos editores eran Eugenio Díaz, Felipe Pérez y Eustacio Santamaría, entre muchos otros. La revista se publicó entre 1858 y 1859, siendo interrumpida varias veces. Su objetivo se encuentra manifiesto en su primer número:

«Una obra como la *Biblioteca de señoritas*, consagrada enteramente a las bellas letras y a las bellas artes, a esparcir en toda nuestra República los conocimientos necesarios a toda educación elegante, no puede encomendarse más que a las señoras, como las más interesadas en el progreso moral de la sociedad.

Tanto la ciudadana como la campesina encontrarán en la *Biblioteca* una fuente inagotable de placeres domésticos; una compañera instruida y agradable para las noches del hogar; un guía seguro para penetrar sin embarazo en el mundo de la poesía y de la moda; y un diccionario histórico, en fin, donde saber la vida íntima y compendiada de los guerreros, de los filósofos, de los pintores y escultores, de los poetas y héroes de todos los tiempos y de todos los países. Si, eso, y más, porque lo que ofrecemos a nuestros abonados es una enciclopedia universal» (Los redactores, 1858: 1).

Aunque como vemos su intención era muy clara, llegar a todas las mujeres, este fin nunca se llevó a cabo y esa “formación elegante” sólo fue recibida por mujeres pertenecientes a la élite que tenían los medios para acceder a este tipo de publicaciones; por lo tanto, se podría decir que en estas revistas se plasmaba un ideal de mujer al cual sólo podían acceder las clases altas, quienes tenían el tiempo y el dinero suficiente para adquirir dichas publicaciones. Esta situación se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX, debido a las

¹³ Señala Soledad Acosta que «Desde el momento en que se realizó la unión de *El Mosaico* con *La Biblioteca de señoritas* en 1859, se abrió la posibilidad de concebir a las mujeres como un grupo selecto de lectores» (1999: 80)

múltiples guerras internas y que la economía de las clases medias y bajas impidió el acceso a ese tipo de formación y a ese ideal.

En 1880 surge la primera revista dirigida por mujeres y para mujeres llamada *La mujer: lecturas para las familias. Exclusivamente redactada por señoras y señoritas*¹⁴. Su directora y principal redactora fue Soledad Acosta de Samper. En esta revista, al igual que en la anterior, la preocupación se centra en la educación de la mujer, pero aquí se añade un espacio para que sólo escritoras publiquen o den a conocer sus obras, siendo éste un vehículo de gran importancia que abrirá el campo para que la mujer se exprese y comience a ser parte de la vida política y cultural de la joven nación. En el primer número Soledad Acosta señala varios puntos de interés que se mantendrán en otras publicaciones:

«En primer lugar empezaremos por anunciar que no escribirán en ella sino *mujeres*; y en lo posible colombianas y sud-americanas, lo cual será algo nuevo entre nosotros. [...] *La mujer* será un órgano dedicado al bello sexo y al bien y servicio de él bajo todos los aspectos.

No las diremos que son bellas y fragantes flores, nacidas y creadas tan sólo para adornar el jardín de la existencia; sino que lrs probaremos que Dios las ha puesto en el mundo para auxiliar a sus compañeros de peregrinación en el escabroso camino de la vida, y ayudarle a cargarle la grande y pesada cruz del sufrimiento. En fin, no las hablaremos de los *derechos* de la mujer en la sociedad, ni de su pretendida *emancipación*, sino de los *deberes* que incumben a todo ser humano en este mundo transitorio.

Nuestra revista [...] siempre será moral y contendrá artículos que estarán al alcance de todos los entendimientos» (1880: 1-2).

¹⁴ Señala Suzy Bermúdez que «en las primeras publicaciones se veía a nuestras congéneres como el “bello sexo”, como una mujer objeto, como la mujer idealizada (...) El cambio se va a ver en el periódico *La mujer*, escrito por mujeres y para mujeres, donde la directora Soledad Acosta de Samper, lucha por un tratamiento diferente: que las mujeres sean vistas como personas católicas» (1993: 30). Es decir, ya no se toma a las mujeres por su relación con otras personas, sino que por el contrario, se las toma como individuos que necesitan ser escuchados.

Como vemos en estas dos revistas el eje central se encuentra en el de dar a la mujer educación. “Sin embargo, sabían que tenían que ser selectivos con el contenido de sus artículos y escritos que ellas podían consultar, entre otros motivos porque les parecía que en países como Estados Unidos o Francia, las mujeres se habían extralimitado asumiendo actitudes masculinas cuyo origen era la educación indiscriminada” (Bermúdez, 1993: 29). Se buscaba que las mujeres se formaran, pero evitando que descuidaran sus quehaceres domésticos por centrarse en el estudio, ellas siempre debían recordar que su principal función era el de madre y que si se educaban era para ser mejores madres, para poder dar un mejor ejemplo.

En términos generales, las principales secciones de aquellas revistas eran: biografías y obras históricas de personajes relevantes en la historia tanto nacional como internacional, una sección literaria donde se plasmaban poemas y obras literarias en general, una sección de noticias en donde se daban a conocer los principales acontecimientos de la región y del antiguo continente, especialmente de Inglaterra, Francia y, muy de vez en cuando, de Estados Unidos, una sección de moda donde en varias ocasiones se encontraban figurines sobre los nuevos vestidos usados en Europa, una sección dedicada a la crianza de los niños y por último una dedicada a la cocina dentro de la cual se encontraban diversas recetas.

Además como lo decía en la introducción, estas publicaciones centraban su atención en diferentes novelas y relatos, que semanalmente iban avanzando y crean una expectativa en las lectoras que permitía que la publicación se siguiera adquiriendo para ver de qué manera

terminaba aquel relato. Sin embargo, dichas novelas no se quedaban solamente con narrar una historia, por el contrario a lo largo de éstas se incorporaban diferentes enseñanzas.

Por ejemplo, en “*El domingo de la familia cristiana*”, encontramos que a lo largo del relato se entretajan diferentes enseñanzas de tipo moral, higiénico, científico, literario e histórico, entre otros; los cuales serán ampliados posteriormente en artículos dedicados a esos temas. Vemos, por ejemplo, como en la publicación número 29 de *El domingo de la familia cristiana*, en esta novela se nos habla de tres mujeres botánicas de gran importancia: María North, inglesa, quien se hizo paisajista para dar completa idea de los lugares en que se encontraban las plantas y recorrió Inglaterra, Europa, Australia, África y América del norte, con sus investigaciones; Febe Lankester, botánica inglesa que se desempeñó principalmente en la docencia; y Emy de Leewow, holandesa cuyo mayor aporte está en crear una revista científica de gran relevancia en ciertos países europeos; y concluye el narrador diciendo que son varias las mujeres pertenecientes a la academia de Agricultura de Londres, lo cual ilustra que una mujer, al igual que un hombre, se puede desarrollar en esta ciencia (1889, 6 de octubre: 35).

Como vemos, Soledad Acosta aprovecha ese espacio para hablar de la capacidad de la mujer de ejercer un estudio profesional, sin que esto obstruya con su rol de madre y esposa, pero lo interesante aquí es que no se nos da de manera directa, sino que está inmerso dentro de una novela, cuya principal protagonista es una mujer, y donde además una niña sueña con ser como ellas en cuando en Colombia se levanten aquellas normas que restringen los estudios a las mujeres.

Son muchos los ejemplos que podemos dar de ese tipo, porque es una constante en las publicaciones seriadas dirigidas a las mujeres. De hecho los “estudios históricos sobre la mujer en la civilización” se construyen de manera similar, aun cuando éstos son más directos con respecto a su objetivo. Empero, de este tema nos centraremos en el capítulo tercero.

En conclusión, las publicaciones seriadas para las mujeres buscan no sólo instruir, sino divertir a las mujeres santafereñas del siglo XIX, sin embargo esta instrucción no se da de manera tediosa, por el contrario, los autores buscan que ésta sea amena con el fin de que sean realmente escuchadas y puestas en práctica. Es por ello que se toma a la literatura, como gancho para atraer lectoras que se interesen en sus narraciones, entonces, como vemos la literatura aquí tiene dos grandes funciones por una lado motivar a sus lectoras a que continúen comprando la revista y por el otro una gran función didáctica, a través de la cual se forjan aquellos ideales de nación, y muy específicamente en nuestro caso, de la mujer colombiana.

CAPITULO 2

LA MUJER: CONCEPTO, IDEAL Y REALIDAD

La mujer ha sido estudiada por muchos, pero entendida por muy pocos. Se sabe que desde la antigüedad la mujer ocupó un lugar de gran importancia dentro de la sociedad por ser ella quien tiene la capacidad de dar a luz nueva vida. Sin embargo, sólo hasta el siglo XIX se le toma como objeto de estudio, es decir se comienzan a estudiar no sólo como dadoras de vida, sino además como seres que marcaron el rumbo de la historia y fueron fundamentales a nivel tanto político como económico¹⁵. Así mismo se comenzaron a destacar los trabajos de ellas dentro de las artes, en otras palabras comenzaron a ser reconocidas más allá de su rol de madres y esposas.

Ahora bien, la mujer suele ser definida como: «persona del sexo femenino// la que ha llegado a la pubertad// la casada con relación al marido» (Diccionario pedagógico universal: 1995) Es decir, se la define o por su capacidad reproductiva o por su condición de esposa o por su oposición al sexo masculino, pero nunca se la saca del esquema. Lo importante es que para el siglo XIX e incluso desde el siglo XVIII se comenzaba a ver a la mujer no sólo bajo estas tres perspectivas, sino que además se le reconocía como educadora ocupando un lugar dentro de lo público, en la *polis*, obviamente de manera indirecta; sin embargo, lo más relevante de este hecho fue que las mismas mujeres comenzaron a

¹⁵ Por ejemplo en la introducción a *Las mujeres en la historia de Colombia* se nos dice que «En Colombia, desde la década pasada [1980], se presenta el interés académico institucional por las mujeres como sujetos y objetos de conocimiento de los procesos sociales y culturales, en el marco de distintas ciencias sociales [...]. En la disciplina histórica se han abordado temáticas con el propósito de redescubrir y redimensionar la historia incorporando en ella a las mujeres y escribiendo así mismo las propias historias de las mujeres en esos procesos» (Tomo II, 1995:9) Lo cual es muy cierto aun cuando la preocupación por estudiar a la mujer y su papel en la historia, en Colombia ya se daba desde la segunda mitad del siglo XIX aunque no en un ámbito académico.

otorgarse ese lugar, sin por eso dejar de lado los deberes impuestos por una sociedad patriarcal.

Para el siglo XIX las mujeres comienzan a tomar conciencia de su importancia más allá de su lugar en el hogar y de manera paulatina fueron haciendo oír su voz, hasta el punto que varias mujeres fueron aceptadas, para mediados del siglo, en diferentes academias e instituciones a las que no tenían acceso, todo gracias principalmente a dos motivos, el primero de ellos, la instauración de un modelo liberal, más o menos generalizado, en las recién consolidadas naciones, y en segundo lugar, a la apertura de la educación, la cual permitía que se formaran no sólo a nivel básico, sino que además se desarrollaran en algún oficio o profesión. Obviamente esto sucedía sólo en algunas naciones europeas, pero marcaron un camino significativo que fue seguido por varias mujeres en el continente americano, siendo Soledad Acosta de Samper uno de los casos más representativos en Colombia, ya que supo combinar su rol de madre y esposa, con su talento de escritora y traductora.

1. El concepto de mujer

Por lo general la mujer sólo ocupa un lugar en la sociedad en el momento en el que es madre, antes es tan sólo un cuerpo que se arregla y busca llamar la atención de posibles hombres que estén dispuestos a casarse con ellas, en ese momento se las convierte en diosas, damas inalcanzables, seres perfectos y brillantes, llenas de virtudes; sin embargo, con el pasar del tiempo aquellas características se van perdiendo y el lugar favorecido de la mujer se pierde; ella, luego de quien aparentemente tiene el dominio no sólo de la relación,

sino de su elección matrimonial, pierde todos aquellos beneficios y se convierte en la esclava de su esposo y posteriormente de sus hijos varones, su importancia se pierde, se olvida y se la confina al hogar, su opinión ya no es tenida en cuenta, ya cumplió su función.

En varios casos, bajo el argumento que la mujer es débil, se deja de reconocer la influencia que tuvo o simplemente sus actos se ven opacados por los de los hombres, quienes hasta el siglo XIX escribían la historia. Este pensamiento de la mujer como ser frágil viene del «concepto aristotélico de la mujer como ser física, moral y mentalmente inferior al hombre» (Blanco, Enríquez y Jagoe, 1998: 25), siendo la menstruación uno de los principales motivos para considerarla físicamente menos fuerte que el hombre, ya que por el hecho que sángrese se considera que está herida, enferma, lo cual la incapacitaba para llevar a cabo ciertas actividades.

Además para la época existían varios tratados científicos que basados en supuestos análisis certeros llegaban a aquella conclusión, por ejemplo, «Auguste Comte, calificó a la mujer como similar a las razas inferiores, basándose en la escala de la evolución de Charles Darwin que aparecía en *The descent of Man* (1873). Spencer, a su vez, aducía que ellas eran poseedoras de un corazón grande y de un cerebro pequeño y que por tal razón no tenían el poder abstracto de razonar» (Bermúdez, 1993:109) Como vemos todos estos hombres calificaban a la mujer como ser débil e inferior, modelo que se resaltó aún más con el romanticismo, ya que el ideal de mujer planteado por esta literatura era el de mujeres débiles y enfermas, seres pasivos y melancólicos, cuya única función era agradar a su familia y a su amado.

Ahora bien, como mencionábamos, se suele definir a la mujer a partir de los roles que le asigna el hombre. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII en Europa las mujeres comenzaron a representarse y definirse ellas mismas. Uno de los casos más relevantes es el de Mary Wollstonecraft con su texto *Vindicación de los derechos de la mujer*, fundamentalmente por dos razones: la primera, porque siendo mujer escribe para las mujeres y en general para toda la sociedad; y en segundo lugar, porque propone un replanteamiento de la manera en que es tratada la mujer y señala que así como los hombres tienen sus derechos, las mujeres también los tienen. Ella además rescata el lugar de la mujer como educadora y por tal motivo hace hincapié en la necesidad de que se eduquen a todas las mujeres:

«Me aventuraré a afirmar que hasta que no se eduque a las mujeres de modo más racional, el progreso de la virtud humana y el perfeccionamiento del conocimiento recibirán frenos continuos. Y si se concede que la mujer no fue creada simplemente para satisfacer el apetito del hombre o para ser la sirvienta más elevada, que le proporciona sus comidas y atiende su ropa, se seguiría que el primer cuidado de las madres o padres que se ocupan realmente de la educación de las mujeres debería ser, si no fortalecer el cuerpo, al menos no destruir su constitución por nociones erróneas sobre la belleza y la excelencia femenina» (Wollstonecraft: 182).

En general la preocupación por la educación de la mujer ocurre porque se articula su lugar dentro de la sociedad, es decir, se comienza a romper aquel esquema dentro del cual se le asignaba únicamente el *oikos* como su lugar de acción y la mujer de manera indirecta comienza a ser reconocida como sujeto que afecta la *polis*, el lugar de los hombres.

Es básicamente con este pensamiento con que se da inicio a la corriente feminista, la cual con el paso del tiempo se ha modificado y así como ha llegado a ciertos extremos, ha rescatado el lugar de la mujer como mujer, ya no sólo como madre ni como esposa, sino como partícipe de la historia, como sujeto que tiene las mismas capacidades del hombre.

Sin embargo este tipo de pensamiento no era el que primaba en la sociedad colombiana del siglo XIX, para esta época la mujer era vista, según mencionábamos, como aquel ser débil que debe ser dependiente del hombre y que no cuenta con las capacidades necesarias para gobernarse por sí misma. Es por ello que en la literatura “canónica” de la época no encontramos ni mujeres escritoras ni textos dentro de los cuales la mujer sea independiente. Un claro ejemplo de esto es la novela *María* de Jorge Isaac, la cual se publicó en 1867, el mismo año en el que Soledad Acosta publicaba *Dolores* una de sus novelas más reconocidas y brillantes, dentro de las cuales se nos propone un modelo diferente de mujer. Aunque tal como lo señala Nina Scott en su artículo “él narra, ella escribe: colaboración narrativa en *Dolores*, de Soledad Acosta de Samper”: “hay cierto parecido entre María y Dolores en tanto heroínas. Son de clase media-alta, viven en el campo, y se definen esencialmente por sus relaciones con otras personas, especialmente con sus futuros maridos” (2005:317).

Ahora bien, *María* se le reconoce por ser la novela fundacional de Colombia, es el texto insignia que “representa” a la sociedad colombiana y a pesar que es el nombre de una mujer el que aparece por título y el lector supone que se va a tratar sobre aquella mujer, cuando la lectura avanza nos damos cuenta que no es más que una fachada para mostrar aquel sistema

patriarcal que se buscaba reafirmar en aquella época. Aquí el verdadero personaje es Efraín, el enamorado de María, por medio del cual la conocemos a ella, una mujer entregada a su familia adoptiva, sencilla y noble que cumple a cabalidad el ideal mariano de mujer que explicaremos más adelante.

Por el contrario, en *Dolores* aunque al inicio se nos presenta la misma estructura que en *María*, dentro de la cual la mujer es definida por un hombre cercano, cuando se desarrolla la novela es Dolores quien se representa a sí misma, ella ya no es definida por su ausencia, sino por su total presencia, son sus palabras y sus sentimientos los que la dan a conocer, aquí Pedro ya no es quien tiene el total poder sobre las palabras y pensamientos de su prima, sino que tan sólo sirve como mediador, es el personaje necesario para no romper la estructura del modelo patriarcal dentro del cual la mujer sólo puede escribir bajo la orden, supervisión o beneplácito del hombre.

Por último, vemos que la otra gran diferencia entre estas dos novelas es la actitud que las heroínas tienen para con la muerte, pues María se resigna y su muerte “es la muerte ejemplar de la heroína decimonónica” (Scott, 2005,317), la de Dolores es cuestionada, ella no muere tranquilamente, no se sienta a esperar su muerte; sin embargo, jamás se revela frente a este hecho, al final lo asume y muere.

Como vemos son dos ideas opuestas de mujer, fueron los dos caminos a lo largo de los cuales durante el siglo XIX se instauró un modelo. Primó ver a la mujer como ser independiente, pero esto no opacó las voces y diferentes acciones de aquellas mujeres y

hombres que le daban a la mujer otro lugar en la sociedad: el de educadoras, no eran vistas ya como seres adjuntos a un hombre poderoso, sino que por el contrario, en ellas recae la formación de toda una sociedad, se pone en sus manos a una nación y de ellas depende que ésta sea o no gloriosa. Claro está que esto no se podía llevar a cabo, sino hasta cuando las mujeres recibieran una buena educación.

En general, un modelo no existe sin el otro, ya que a pesar que propone a la mujer como fuente no sólo de vida, sino de educación, porque si la estructura general no presenta un cambio y no se le reconoce como agente activo dentro del proceso de conformación de una naciente República, ésta no podrá llevar a cabo su misión. Eso fue lo que le sucedió a la mujer, no se la consideró en el siglo XIX a pesar de los grandes esfuerzos de ella por aferrarse; sin embargo, lo valioso es que sus huellas aún permanecen latentes en la literatura y en la historia y no por el hecho de no estar canonizadas, quiere decir que no hayan existido, aún sus ecos están presentes en esta nación que no se ha terminado de construir.

Si bien se nos muestra en estas dos obras modelos de mujeres diferentes, ambos modelos provienen de las clases altas, es decir, es excluyente porque la mayoría de colombianas no podían cumplir con ese ideal, en parte porque no les interesaba, ya que debían responder a otras obligaciones diferentes de los modelos de mujeres expuestos en la literatura y en general en la escritura, no tenían. La mayoría de las mujeres debían trabajar en diferentes oficios para lograr un sustento para ayudar a su familia, lo cual le impide pensar su condición de mujer.

2. Ideal de mujer

“La mujer es el primer misterio de la creación” afirma Eleuterio Ramírez en *El Vergel Colombiano* (citado en Bermúdez, 1993:127); esta afirmación se debe principalmente al hecho que a la mujer rara vez se la estudia con seriedad, los diferentes estudios que hay acerca de ella se basan más que todo en imaginarios que no concuerdan del todo con la realidad. Es por ello que se suelen crear varios ideales que pretenden definir a la mujer, aún cuando ésta muchas veces se aleja de aquellos planteamientos.

Así mismo, se sabe que aquellos ideales son imposiciones que buscan crear mujeres perfectas que se acoplen al modelo de sociedad que plantean los hombres, pero en términos generales el modelo que más ha persistido es el mariano, el cual tiene sus bases en el cristianismo. Paralelamente se da el modelo que ve a la mujer como ser malévolos, con el cual hay que tener cierta precaución. Por ello se dice que así como Eva trajo la perdición al mundo, María trajo su salvación, y pareciera que la mujer sólo tenía esos dos caminos, que dependiendo la época, se iban modificando aún cuando su esencia se mantenía intacta. Ahora bien, para finales del siglo XIX, que es el período que nos preocupa existían varios modelos de mujer, siendo los más importantes:

- El mariano: pero ya no centrado en la pureza y la castidad, sino más bien en la función de madre que llevó a cabo María.

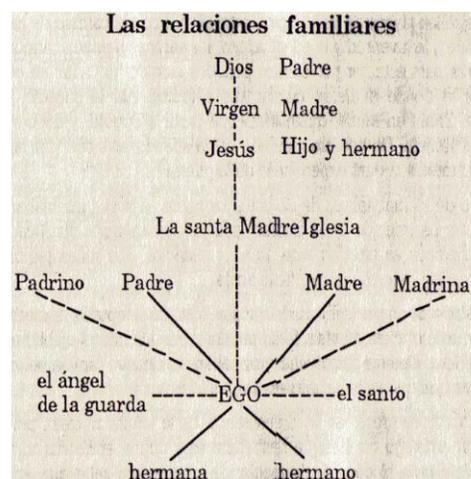
- El ángel del hogar: ponía en relieve la imagen de la mujer como ser perfecto que tenía en sus manos el deber de proteger su hogar a nivel moral.

Como vemos, estos dos ideales tienen una connotación muy católica, no obstante, el segundo se basa más en principios terrenales, podría decirse que está más acorde con las políticas impuestas por los gobiernos liberales que buscaban alejarse del gran dominio que tenía la Iglesia de la época.

2.1 El Ideal Mariano

Luego que el cristianismo se consolidó como una religión oficial, después de ser adoptada por Constantino, emperador de Roma, en el año 313, todos sus planteamientos y modelos de conducta fueron adoptados en la sociedad, proclamando que así como se organizaba la “corte celestial” se debía organizar al pueblo.

Un claro ejemplo de ello es la forma de organizar a la familia dentro de la cual a cada miembro se corresponde con un miembro de la Sagrada Familia. De esta misma forma se organizó la Iglesia. Suzy Bermúdez presenta el siguiente cuadro dentro del cual está expuesto lo que se ha mencionado:



“Las relaciones familiares” (Bermúdez, 1993: 63)

Vemos entonces que la religión católica es la encargada de establecer la jerarquía en el hogar y en la Iglesia, siendo el lugar de la mujer se corresponde con el de la Madre Virgen, la cual es ante todo un ser puro y servicial que tiene el deber de acompañar y serle fiel a su esposo, y de criar a los hijos y darles buen ejemplo.

Este ideal tuvo sus inicios aproximadamente en el siglo XII en Europa, siglo en el cual paralelamente se mostraba una idea de mujer malévolas, que merecía la hoguera, por sus conocimientos de hechicería, se ve a la mujer como “el instrumento del Mal, la suprema tentación” (Rowling, 1973:72), aunque comienza a ser importante la figura materna de María, ya que ella condensa el ideal de perfección femenina.

La virginidad es uno de los elementos que más se destaca dentro del comportamiento femenino, pues la mujer debe casarse virgen o ingresar al convento en la misma condición, ya que este estado es signo de pureza. Además, aquel que “desflore” a la mujer se debe encargar de ella, es por ello que se cuida a la mujer, siendo el hombre de su familia, bien sea su padre o su hermano, quien se encargue de proteger aquella virtud porque en ella está consolidado el honor tanto de la mujer como de la familia¹⁶.

En el Deuteronomio (22, 20-22) encontramos la siguiente norma: «si no aparecen en la joven las pruebas de la virginidad, sacarán a la joven a la puerta de la casa de su padre, y los hombres de su ciudad la apedrearán hasta que muera, por haber cometido una infamia

¹⁶ Retomando las ideas de Fray Antonio Arbiol, Ángel Cantero afirma que: «las hijas han de ser educadas en el recato, en la resignación, en la obediencia y virtud de la virginidad, pues si la honra de las hijas es puesta en entredicho, es la honra del padre la que se está cuestionando» (2007: [en línea])

en Israel prostituyéndose en casa de su padre. Así harás desaparecer el mal de en medio de ti». Es una norma que señala cuan importante es la virginidad en el pueblo Israelí, que luego se transmitió al pueblo católico.

La virginidad, como decíamos, hace parte del honor familiar, es por ello que es tan cara y se impone como virtud para todas las mujeres. La forma en que se impuso este modelo de manera más efectiva fue tomándola como ejemplo María, la madre de Dios, ya que ella siempre fue virgen y por lo tanto se le ve como ser puro y sin mancha. En cierta medida, perder la virginidad hace que la mujer entre en el mundo corrupto y mundano. Además, debido a que se consideraba a la mujer como ser débil se suponía que estaba más cerca al pecado y por lo tanto perder aquella condición implicaba un acercamiento más notorio hacia el mal y la corrupción de su alma.

Una vez que la mujer pierde su virginidad luego de haber contraído nupcias, las relaciones sexuales se ven sólo como una manera de procrear y se castiga a aquellas que sienten placer, ya que ese acto es impuro y por lo tanto se debe reprochar si no tiene como finalidad traer nueva vida al mundo, es por ello que se asignan días y momentos específicos en los cuales la pareja puede tener relaciones. Entonces, posteriormente de haber seguido el ejemplo de María como virgen se toma el modelo de María como la madre de Dios, las mujeres deben cumplir con su principal finalidad, dar a luz nueva vida, razón por la cual la fertilidad hace parte del ideal de mujer. Sin embargo, para el siglo XIX esta figura de maternidad se hace importante, ya que establece un efecto directo en la sociedad. Es decir,

se reconoce a la madre no sólo como dadora de vida, sino además como formadora de los hijos que da a luz.

June E. Hahner expone que « La manera en que las mujeres podían “tener alguna influencia distinta a la que tenían sobre las ollas” o “una misión más allá de la misión de la costura” era por medio de la educación de los hijos (y esa labor la había cumplido la Virgen con el Hijo de Dios). Esta noble tarea de educar a sus hijos daba un valor a las mujeres. Además una manera de modificar la mente de los hombres consistía en moldear a los niños» (Citado en Bermúdez, 1994: 116-117). Es decir, se reinterpreta aquel ideal y por medio de él se justifican nuevas actitudes en las mujeres.

De igual manera, a pesar de aquel cambio, siguen siendo fundamentales otras virtudes tales como la sencillez y por eso se motiva a las jóvenes a que no gasten su vida en prestar tanta atención a la moda y al maquillaje, pues éste se constituye en fuente de corrupción que lleva al egoísmo y a la envidia. Así mismo, se rechaza la coquetería y la pérdida de tiempo, puesto que se buscan mujeres activas que sepan además de verse hermosas alguna labor hogareña que les sirva de distracción o fuente de dinero en caso que sea necesario.

La virtud que más se resalta junto a la virginidad es la del servicio. Esta es una de las grandes cualidades de María, ya que tan pronto como se le es anunciado el querer de Dios ella dice “Aquí esta la esclava del señor” (Lc. 1, 38) es decir, se asume que todas las mujeres deben tomar esa disposición de entregarse totalmente a la voluntad de sus padres, hermanos o esposos, según el caso.

Las mujeres ante todo, se suponía, debían ser seres sumisos¹⁷ que no cuestionaran la voluntad de sus mayores, que realizaran sus labores sin queja alguna aun cuando éstas les disgustaran, nunca se podían revelar, siempre debían mantener una actitud servicial para los hombres que las rodeaban. Este modelo ante todo implicaba mucho sufrimiento y que jamás debería ser puesto a la luz, ya que era sólo de aquella que lo padecía. Sin embargo, las publicaciones seriadas para mujeres intentaron romper aquella monotonía, en algunos momentos, aunque siempre se les recuerda que deben mantener una vida de sufrimiento y abnegación: «nosotras procuraremos hablar a su corazón y a su conciencia recordándola a cada paso que no ha nacido solamente para ser feliz sobre la tierra, sino para realizar muy altos fines de la Providencia» (Acosta, Tomo I, 1880:1-2).

En conclusión, la mujer que se desea imponer en la sociedad colombiana, y que se ve reflejada en la literatura y la historia, es aquella que permanece virgen hasta el matrimonio, que es callada, sumisa, temerosa y humilde, que es católica y siempre obedece la voluntad de su padre, hermano o esposo (Hincapié, 2007:290), en fin, lo que se busca con todas estas características es que la mujer no rompa con el modelo patriarcal impuesto, ya que esta “nueva” nación se basa en aquel modelo, y cualquiera que lo cuestione o se revele contra él se estaría revelando contra aquella forma de gobierno.

¹⁷ Josefá Acevedo de Gómez en su ensayo “Sobre los deberes de los casados” señala que: «una mujer sumisa es sufrida, pero aún así debe ser amable y complaciente con todo el mundo, sea cual fuere su edad, su estado y el lugar que ocupe en la sociedad. Es su obligación obedecer siempre las órdenes del esposo» (citado en: Londoño, 1995: 310)

2.2 El “ángel del hogar”¹⁸

Tal como lo señala Ángeles Cantero «El icono femenino de mayor expansión en los discursos académicos y medios de comunicación a mediados del XIX fue el de la mujer como “ángel del hogar”, respaldado por un rígido sistema patriarcal de valores orientado a someter a las mujeres a la sumisión y obediencia al marido, al tiempo que este ideal constituía un modo de preservar la institución burguesa más preciada: la familia» (2007: [en línea]) Este modelo al igual que el anterior señala una gran diferencia entre el hombre y la mujer, siendo el primero el fuerte y el dominador, y el segundo el débil y el dominado. Pero la principal ruptura entre el mariano y éste es que el segundo tiene una sustentación en lo laico, lo social y lo científico, mientras que aquel tiene, principalmente, una sustentación en lo católico.

La figura del “ángel del hogar” es ante todo un ideal que surge dentro de las sociedades burguesas y que se expande dentro de todas las clases sociales, ya que se impone como modelo. Éste reconoce a la mujer no sólo como madre, sino como pilar dentro de la familia, institución de gran importancia para la época porque era a partir de ésta que se pretendía

¹⁸ Patricia Londoño señala en su artículo “El ideal femenino del siglo XIX en Colombia: entre flores, lágrimas y ángeles” que «la definición de la mujer como ángel del hogar, lugar desde donde, se supone, actúa como regeneradora moral de la sociedad, fue compartida por todo el mundo occidental desde fines del siglo XVIII, con las obvias variaciones en la significación y el alcance que cada sociedad le impuso. Sin embargo, ha sido interpretada de maneras contradictorias entre sí; algunos ven en ella un indicio del aumento del prestigio y del poder del sexo femenino; otros, en cambio, no ven más que un discurso para tratar de justificar una situación desventajosa. Investigaciones recientes, levadas a cabo en otros países, optan por reconocer que los cambios experimentados en la definición de los ideales de feminidad durante el siglo pasado son bastante complejos como para reducirlos a términos excluyentes de progreso o decadencia, y admiten que este ideal fue usado por grupos distintos, en diferentes momentos, con diferentes propósitos, lo cual explica su larga permanencia.» (Londoño, 1995: 302)

organizar la “nueva” sociedad, en consecuencia, tanto conservadores como liberales buscaban que se reafirmaran las bases de esta institución para así mismo poder gobernar y guiar a la sociedad a lo que ellos denominaban progreso.

El “ángel del hogar”, según lo expuesto por Ángeles Cantero, tiene su fundamento en dos autores de gran importancia: Fray Luís de León, con *La perfecta casada*, y Jean-Jacques Rousseau. Ambos autores ven a la mujer como un ser inferior. Se le impone a la mujer que siempre debe estar en su hogar y al servicio de su esposo, y se ve la educación como algo necesario, pero se restringen sus conocimientos sobre aspectos básicos de su función como esposa y administradora del hogar. Así mismo, ambos reconocen la vital importancia de la mujer dentro de la familia, ya que ella es ejemplo y por lo tanto en ella recae buena parte del futuro comportamiento de sus hijos.

Este modelo trata de enaltecer el lugar de la mujer dentro del hogar, ya no se le toma como esclava o sierva de su marido, sino que intenta darle un lugar similar al que éste tiene. Pero en términos generales lo que busca es establecer a través de medios laicos el mismo orden jerárquico impuesto por la Iglesia desde hacia más de cinco siglos. Se condena a la mujer a estar siempre en su casa, se le encarcela en su hogar, sólo que para no darle el título de esclava se le asigna el de esposa.

«El ángel del hogar [...], fue el símbolo venerado de virtud, dulzura, delicadeza, entrega maternal, obediencia conyugal, pureza y devoción; apoyo del marido y ejemplo de generosidad y perdón en los momentos de debilidad moral de éste. El hombre consideró a

esta mujer moralmente superior a él, la “guardiana de su alma”. La natural esfera del ángel era el hogar, del que lograba hacer un “santuario”, como indica Carol Christ: el remanso donde aún podían mantenerse vivos los valores morales y religiosos tradicionales, amenazados en la esfera pública» (Pérez, 2005 [en línea]). Como vemos a la mujer se le asignó el rol de mantener en paz y armonía su casa para que su esposo se encargara del ambiente publico¹⁹.

Se buscaba entonces que el esposo descansara tan pronto llegara de su trabajo y no tuviese que preocuparse por cuestiones domésticas porque, se suponía que, la mujer sabría como afrontarlas. En términos generales se proponía un modelo de espejo dentro del cual mientras el hombre se encargaba de gobernar a la nación, la mujer debía hacer lo mismo en el hogar, se podría decir que se le asignan las mismas funciones sólo que en ambientes diferentes, siendo obviamente el del hombre a los ojos de los demás el más importante, ya que aquello que haga la mujer en su hogar se veía como insignificante, pero no por ello sobrante.

Así mismo, bajo este modelo se busca que la mujer se instruya para que pueda llevar a cabo sus funciones dentro del hogar, es por ello que en los colegios femeninos se dictaban clases de economía doméstica, cuyo principal objetivo era el de enseñarles a las mujeres a organizar el dinero que era entregado por su esposo para que ella supliera todas las

¹⁹ En un texto de 1910 escrito por Martín Restrepo Mejía titulado *Pedagogía doméstica* y citado por Patricia Londoño se decía que «el hogar debe ser el objeto de la vida de las mujeres. El hombre pone la inteligencia y la autoridad, y la mujer el corazón y el amor, y así produce los frutos que [1a] hagan meritoria a los ojos de Dios y de la sociedad» (1995:321)

necesidades del hogar. De igual manera se buscaba que las mujeres recibieran cierta formación en otras áreas, ya que ello «le debía mostrar al marido que no estaba casado con una “muñeca hermosa, con una muñeca superficial e inferior a él”. Pero, eso sí, nunca debería hacer alarde de su inteligencia y cultura, sino al contrario, actuar “como ocultando las ventajas intelectuales que [tenía]”» (Londoño, 1995: 322).

En términos generales, como hemos visto, la mujer ya no sólo cumple un rol de madre, sino que se le asignan otros deberes a los que tiene que responder, se comienza, paulatinamente, a reconocer la influencia en la sociedad que tiene las mujeres, ya que aunque están limitadas por el hogar, las acciones que ella ejecuta en su interior tiene una repercusión afuera, pues ella es la encargada de dirigir su hogar y dar la primera educación a sus hijos, haciendo que de ella dependa que éstos sean buenos o malos ciudadanos de acuerdo al ejemplo que se les dio.

Es por ello que el ideal del “ángel del hogar” en comparación al mariano, a mediados del siglo XIX, se hace más fuerte en la medida en que tanto los conservadores como los liberales adoptan este modelo que es para ellos el más conveniente para que la joven nación pueda prosperar; claro está que el ideal mariano no desapareció ni perdió su fuerza, siempre estuvo latente en la sociedad, sólo que, de manera lenta, comenzó a fundirse con el del “ángel del hogar”, el cual perduro hasta bien entrado el siglo XX en la sociedad colombiana.

3. La educación de la mujer

Como hemos mencionado, la preocupación por la educación de la mujer fue muy fuerte luego del proceso de independencia²⁰; sin embargo, se presentaron serias discusiones sobre qué debían aprender las mujeres, ya que no se les veía como un igual, se las consideraba débiles y en la medida en que recibieran una educación como la de los hombres, la sociedad estaría expuesta a que la nación cayera. Entonces, como vemos, la educación era ante todo un problema político en la medida en que de ella dependía que tipo de nación y sociedad debía ser instaurada.

La educación dirigida a la mujer siempre estuvo marcada por la preocupación de preservar la moral, dicho en otras palabras, si se educaba a la mujer era para que la sociedad moralmente fuera buena y pudiera prosperar, de ella dependía qué tipo de ciudadano era el que dominaría. En consecuencia, la educación fue una preocupación de todos los gobernantes del país y desde muy temprano se comenzaron a crear leyes que reformaran y regularan el sistema educativo, ya que durante la época colonial la educación nunca fue tomada en cuenta, puesto que se tenía por peligrosa. Sin educación el pueblo no se revela, debido a que desconoce muchas cosas, pero si se formaba a los habitantes de la colonia se corría el riesgo de perder el dominio, que fue exactamente lo que sucedió luego que varios intelectuales se dedicaran al estudio. Con base en la experiencia de los gobernantes de la

²⁰ Soledad Acosta de Samper en su texto “Misión de la escritora en Hispanoamérica” dice que «se ha notado que en todas las Repúblicas que se formaron después de la independencia, se ha tratado desde su fundación de dar a la mujer una educación mejor y un papel más amplio en la vida social» (1889 [2005]: 77-78).

nueva República se buscaba educar a los ciudadanos teniendo en cuenta qué y cómo se les educaba con el fin de que fueran fieles al sistema.

Por ejemplo, «el congreso de Cúcuta (1821) éste se ocupó de la educación femenina al expedir tres leyes referentes al establecimiento de escuelas para niñas en los conventos de religiosas, a la reforma de los colegios y casas de educación y a la creación de escuelas de primeras letras. Sin embargo, la escasez de recursos llevó a que se diera atención prioritaria a la educación masculina y que la formación femenina se delegara a las comunidades religiosas» (Álvarez, [en línea]); como vemos, la preocupación por la educación estuvo desde el inicio, pero siempre fue privilegiada la educación masculina frente a la femenina dado que se veía como más importante que el hombre se formara porque sería él quien se encargaría de gobernar el país y conducirlo al progreso.

De igual manera la educación sólo fue dada en las clases altas, ya que eran ellos quienes tenían el dinero suficiente para acceder a este servicio que en aquel entonces era muy costoso. Sin embargo, existieron algunas escuelas de carácter gratuito o becas en colegios de la clase alta que ofrecían a algunas niñas el espacio para que se formaran, pero el número de alumnas era muy escaso.

Ahora bien, lo que se buscaba enseñar en aquellas escuelas a las niñas eran labores que les ayudaran en sus quehaceres domésticos, no era muy común que a la mujer se les enseñara lo mismo que a los hombres, en parte porque se creía que ellas no iban a ser lo suficientemente buenas y hábiles para entenderlo, y porque dicho conocimiento se veía

como algo perjudicial para la sociedad, no olvidemos que el fin último de la educación para las mujeres era el de formarlas como buenas madres y amas de casa que fueran un buen ejemplo para sus hijos y por lo tanto para la sociedad.

El primer colegio dedicado a formar niñas que se fundó en Bogotá fue el colegio de la Enseñanza, éste se instauró en 1766 bajo la dirección de María Clemencia Caycedo,

«El colegio comenzó a funcionar en 1783, con 25 alumnas de la alta sociedad y 250 niñas pobres. [...] el plan de estudios de esta institución, que una niña de talento común podía completar en más o menos seis años comprendía: lectura, escritura, aprendizaje de nociones básicas de religión en el catecismo del padre Astete y explicación de doctrina. Además de ello, una egresada del Colegio de la Enseñanza debía saber lo siguiente “[...] hacer una clase de labores de color, con seda de hilo de oro, [...] algo de contar, [...] hacer medias, encajes, botones espigados de toda clase, cocer camisas y todo género de ropa blanca y la de color, remendar, hilar, pedacear medias y cogerle los puntos”» (Jaramillo y Robledo, 1991: 57).

Como se puede ver la costura²¹ era de gran importancia dentro de la formación de las mujeres, ya que ésta era útil no sólo para hacer la ropa y la lencería del hogar, sino además porque, en algunos casos, servía como fuente de ingresos.

De igual manera el hecho que las mujeres supieran algún arte u oficio era considerado como valioso en la medida en que evitaba que ésta adquiriera vicios tales como la pereza, la vanidad, la coquetería, etc., los cuales se veía como corruptores porque hacían que las mujeres abandonaran sus verdaderas tareas en el hogar.

²¹ Esta tradición es muy antigua y para el siglo XIX en Colombia esta costumbre se mantenía, aunque la mujer ya no debía fabricar toda la ropa de su familia. «Cuando los Sabinos entregaron sus hijas a los Romanos, estipularon que las mujeres no trabajarían manualmente sino con el huso y la aguja. Hízose, pues, un deber de la mujer el de fabricar todos los vestidos de los hombres de la casa» (Acosta, 1879, 5 de septiembre: 246),

Así mismo, las principales clases que se les enseñaban a las niñas eran las de lectura y escritura²², geografía, historia, higiene, urbanidad, religión y economía doméstica. Sin embargo, en algunas instituciones se comenzó a formar a la mujer en torno a oficios fuera de las casa, pero que estaban muy ligados a ellos, siendo los más relevantes el de la educación para párvulos y el de secretaria.

Por ejemplo, Soledad Acosta de Samper señala que «En Bogotá hay unas academias de música para niñas, [...] y hubo en años pasado otras de dibujo y de pintura. [...] De la escuela de telegrafía regida por una señora consagrada a esa enseñanza, han resultado empleadas muy notables que sirven al gobierno en gran número de oficinas de la República. En la escuela de medicina de Bogotá se ha dado entrada a señoritas que asisten a las clases con los estudiantes y son altamente respetados por ellos. Se abre, pues, un horizonte más extenso a las aspiraciones de la mujer en Colombia y en otras naciones de Hispanoamérica» (1889 [2005]: 78).

De hecho, Soledad Acosta va mucho más allá y propone que a las mujeres que no tienen recursos, e incluso aquellas que si los poseen, se formen en algún oficio y para ello es necesario que se formen escuelas para este fin. En un artículo titulado “Las hijas del pueblo” Soledad Acosta retoma las ideas del escritor Pablo Leroy Beaulieu quien para 1873 publicó “La educación de las mujeres en siglo XIX” y plantea que «la mujer del pueblo (y aun las de clases elevadas) deberían aprender siempre un oficio lucrativo, útil y que pudiera en todo tiempo darle con que subsistir para que sepa que es libre y que no necesita

²² Aun cuando afirmaba Fray Antonio de Arbiol y otros muchos pensadores a lo largo de la historia que “no conviene para la buena crianza de las hijas, el enseñarlas à escribir” (citado en Cantero, 2007, [en línea])

absolutamente del trabajo del hombre» y páginas más adelante continua «abrid escuelas profesionales, no de artes de adorno, sino de utilidad; plantead talleres en donde puedan aprender los pobres un oficio, y habéis merecido más de la patria que con todos los discursos y ordenanzas del 20 de Julio» (1880 b: 17-19).

Empero, aquel tipo de formación fue muy criticado tanto por la Iglesia como por los conservadores, ya que en la mayoría de los casos, no la impartían comunidades religiosas sino laicas²³, lo que trajo consigo un gran problema sobre la pertinencia que los laicos formaran a los ciudadanos, debido a que se pensaba que si éstos impartían la educación la sociedad iba a perder su moral y sus creencias, es decir, se iba a corromper; aún cuando la verdadera preocupación estaba en que por esta vía los liberales iban a ganar más adeptos que los conservadores.

Soledad Acosta de Samper fue una de las mujeres que más apoyó la educación femenina, pero no una educación que fuera mediocre, por el contrario, deseaba que las mujeres aprendieran de las mejores fuentes debido a que así como fuera su educación iba a ser el ejemplo y las enseñanzas que les iba a dar a sus hijos y por tanto a los futuros ciudadanos, dado que «la misión de la mujer en el mundo [era la de] suavizar las costumbres, moralizar y *crislianizar* las sociedades, es decir, darles una civilización adecuada a las necesidades de la época y al mismo tiempo preparar a la humanidad para lo porvenir» (1889 [2005]: 77).

²³ Afirma Suzy Bermúdez que «los conservadores y aparentemente muchas de las damas bogotanas criticaron fuertemente la educación laica del “bello sexo”, pues pensaban que ellas por naturaleza eran más débiles ante las “pasiones” y por consiguiente, en su caso la educación religiosa no se podía descuidar» (1993: 11).

De hecho, un texto Soledad Acosta que se titula “Aptitud de la mujer para ejercer todas las profesiones”, en el cual afirma que la mujer se puede desarrollar en otros campos diferentes al del hogar, y da un gran número de nombres de mujeres que le sirven de ejemplo; ella resalta que la mujer tiene las mismas capacidades que el hombre tanto para aprender como para luego ponerlo en la práctica.

Así mismo, señala que el gran inconveniente es que no se le permite a la mujer desarrollar sus habilidades; sin embargo, amparándose bajo el discurso del progreso, pide que a las mujeres se les otorgue una educación de alta calidad tal como se la dan a los hombres; señala, a la vez, que no por el hecho de dedicarse una mujer a los estudios se puede olvidar de su hogar. Es por ello que culmina su texto diciendo que «en el siglo que en breve empezará la mujer tendrá libertad para escoger una de esas dos vías [una carrera profesional, o el ser madre y ama de casa]; pero jamás será respetable, nunca será digna del puesto que ocupa en el mundo, si renuncia a ser *mujer* por las cualidades de su alma, por la bondad de su corazón, y si no hace esfuerzo para personificar siempre la virtud, la dulzura, la religiosidad y la parte buena de la vida humana» (1892 [2005]: 93-94).

Continuando con Soledad Acosta y su campaña a favor a la educación de la mujer, en un artículo titulado “En que debe ocuparse la mujer”, ella se queja porque se dice que la mujer debe ser educada –ideal liberal- pero al momento en que se le enseña verdaderamente rechazan su educación y afirman que se deben limitar al hogar (1884, 12 de Julio: 227-228). Como vemos la educación femenina era todo un gran problema lleno de contradicciones. Algunos hombres veían con malos ojos que la mujer recibiera una buena

educación básicamente por dos temores, el primero es que se pensaba que si la mujer recibía una educación igual o similar a la del hombre descuidaría su hogar, y el segundo es que se sabía que si la mujer se formaba ya no iba a ser igual de sumisa como se quería, ya que se echarían abajo todas aquellas justificaciones por medio de las cuales se creía que la mujer era un ser inferior al hombre.

En conclusión, la educación de la mujer durante el siglo XIX estuvo muy marcada por fuertes discusiones en cuanto a su pertinencia, sus temáticas y sobre aquellos que la debían impartir, porque reconocían que la educación era una forma de acceder al poder, de cuestionarlo y de estar en contra de éste, lo cual no era favorable para aquellos que se encontraban gobernando en aquel entonces. A pesar de ello es menester señalar los avances que se fueron llevando a cabo durante el transcurso del siglo y que dieron como resultado la posibilidad que la mujer se desarrollara en algunas carreras profesionales, y aunque su número era reducido, sirvió de ejemplo para que se comenzara a dejar de pensar en la mujer sólo como madre o como ama de casa.

CAPITULO 3

El ideal femenino de Soledad Acosta de Samper

Como lo habíamos mencionado, Soledad Acosta de Samper fue un icono durante la segunda mitad del siglo XIX por su vasta producción y por la temática que trataba en ella. Así mismo hay que señalar que «sus obras se destacan por su amor a la patria, su fervor religioso y lo que Gustavo Otero distingue como un “feminismo sano”²⁴» (Dejong, 1995:143).

De igual manera tal como lo decíamos en la introducción, en Soledad Acosta hay una muy marcada unión entre historia y literatura, principalmente en la manera como escribe la historia. Es por ello que creemos conveniente retomar el modo en que concebían la historia algunos de sus más destacados representantes. Se afirmaba que «la historia debía ser vista como una combinación de “ciencia” y “arte”» (White, 2005: 136), pero no entendiendo al arte como la posibilidad de crear libremente al estilo de los escritores románticos, sino viendo al arte como la posibilidad de dar a conocer una verdad que puede ser leída como aquellas novelas y poemas. Esta verdad no surge de la imaginación del historiador, sino que presenta todo un riguroso trabajo con las fuentes, lo cual no quiere decir que deba ser tediosa e inteligible para los lectores de la época²⁵.

²⁴ Señala Dejong que «Este “feminismo sano” consistía en la profunda convicción de que la mujer requería una educación más adecuada a las necesidades de la época. Combinaba una educación moral e *histórica* para dar a la mujer las fuerzas para resignarse ante las desgracias de la realidad y para promover modelos femeninos positivos que podían ofrecer otras opciones en la vida, aparte del matrimonio» (, 1995: 144).

²⁵ De hecho esto es lo que proponen los pensadores de la historia y que denominan como narrativa histórica, este pensamiento se da gracias al movimiento de la postmodernidad.

Como vemos hay una preocupación porque se conozca la historia y eso es precisamente lo que hace Soledad Acosta en sus escritos históricos, se vale de todas sus habilidades como escritora de novelas y relatos, y plasma a través de aquellos recursos retóricos un variado número de acontecimientos reales fruto de sus investigaciones y traducciones, los cuales tiene una gran importancia.

Así mismo vemos en sus “estudios sobre la mujer en la civilización” que la preocupación está en dar a conocer la influencia que tuvo la mujer en diferentes épocas y lugares a través de relatos amenos que motiven la lectura de las mujeres santafereñas del siglo XIX.

Para lograr este impacto lo primero que realiza es presentar el lugar, el fondo, en el cual aquellas mujeres van a aparecer, lo hace de manera similar a cuando un escritor de teatro presenta cual va a ser el escenario en que su obra será representada, valga señalar que Soledad Acosta también se dio a conocer como escritora de teatro.

Vemos como, por ejemplo, al inicio de aquellos estudios nos dice que «es necesario conocer el teatro de los sucesos antes de entrar en materia, pues los acontecimientos domésticos, por decirlo así, forman parte de la historia antigua» (1880, Tomo I: 5). Y a partir de esta afirmación comienza a relatar cuáles fueron los principales hechos de este periodo de la historia. De esta misma manera inicia su novela o “cuadros históricos y novelescos- siglo XV” *Las dos reinas de Chipre*; el primer párrafo de ésta nos dice: «Chipre, cuya historia y origen se “pierde en la noche de los tiempos”. Chipre que ha llevado a través de los siglos más de doce nombres diferentes [...]» (1880, Tomo I: 95), e

inicia un relato sobre cuál ha sido la historia de esta isla que ha de serle útil para desarrollar su novela. Como vemos se maneja casi que la misma estructura para dar inicio a los relatos.

En segundo lugar nos da una descripción de aquella mujer, o mujeres, tal como lo hacen los novelistas al inicio de sus obras con el fin de que el lector se forje una imagen sobre el personaje del cual se le va a hablar. Posteriormente entreteje un relato en donde se encuentran las tres partes que son casi que fundamentales en las obras clásicas: la introducción, el nudo y el desenlace. Dicho relato no se limita simplemente a llenar a la lectora de datos y nombres, sino que por el contrario lo que produce es que exista un diálogo entre los hechos, los personajes y las lectoras, a el fin de que éstas logren identificarse y poder imitar luego los buenos ejemplos.

En este punto quisiera hacer una pausa y señalar lo que significaba la novela para la época, porque obviamente no era concebida de la misma manera que hoy en día. En el siglo XIX, estaba muy presente el movimiento realista, el cual:

«En la crítica literaria se aplica [...] a aquellas obras literarias que imitan de cerca la vida “real” y que toman el mundo real sus asuntos. El escritor realista es el que adopta un punto de vista objetivo – “fotográfico”, “informativo”, “natural”- al tratar su material literario, evitando introducir en su obra sus opiniones y sentimientos [...] la literatura realista se caracteriza frecuentemente por a) la introducción de escenarios y medios locales; b) la referencia a acontecimientos y costumbres contemporáneas; c) la detallada descripción de lugares y personas por muy triviales que resulten para el tema; d) la reproducción franca y exacta del dialecto y de lo vulgar; e) el uso de palabras y términos técnicos tomados de los negocios y de la ciencia; f) la inclusión de documentos, cartas y memorias para darle un aire circunstancial a los acontecimientos descritos [...]» (Shipley, 1962: 452).

Esta afirmación concuerda mucho con la editorial de *Biblioteca de señoritas* del año 1858 de los números 11 y 12, donde se nos dice que la literatura es «reflejo fiel de todo hecho social» y que la «novela, con más recursos y menos dificultades que el poema, es hoy la verdadera rama épica de la literatura, pues no sólo da a conocer un siglo, un pueblo y una civilización extinguidos, sino que puede entrar y en efecto entra en valiosas apreciaciones filosóficas y humanitarias de trascendencia» (27-28). Es decir que la novela realista es un ente unificador, en la medida en que permite que los fragmentos en los cuales está dividido el hombre se reúnan armónicamente²⁶.

Vemos, entonces, como esta definición no se aleja de la concepción de historia de la época, ya que Michelet, gran historiador francés del siglo XIX, decide escribir sus estudios en forma de novela, pues ve esa forma, también, como una posibilidad unificadora que lleva a los hombres a una “resurrección” donde el hombre alcanza su libertad, es por ello que White señala que «Michelet recurrió al modo de tramar de la novela como forma narrativa que se usa para dar sentido al proceso histórico concebido como lucha de la virtud esencial contra un vicio virulento pero finalmente transitorio», donde «la mayor diversidad [entra] en la más perfecta unidad» (2005: 149 -150).

Sin embargo, hay que recordar que lo real no es del todo real porque, tal como lo dice Geertz: «lo real es tan imaginado como lo imaginario» (citado en Spiegel, 1994: 136), es decir, que por más objetividad y método científico con que se intente manejar un relato histórico o una novela histórica, siempre va estar marcada por una subjetividad, que será la

²⁶ Para la época aún no se había resuelto el problema entre la separación del alma y el cuerpo, a pesar de todos los avances hechos en la filosofía y la teología durante los siglos XVII y XVIII. Basta ver el pensamiento de Hegel donde lo universal y lo “mundano”, o particular, no se encuentra del todo unificado.

encargada de organizar aquellos acontecimientos y darles mayor o menor importancia de acuerdo a lo que desee el escritor, porque ante todo es un ser humano quien se encarga de esta tarea y por más que lo quiera no podrá alejarse ni sus ideologías ni su contexto.

Entonces se puede decir que tanto la historia como la literatura, especialmente las novelas, intentan ser espejos de una realidad, pero «tengan en cuenta que una novela [y la historia] es un espejo que se pasea por un ancho camino» (Stendhal, 1998: 508). Dentro del cual se puede ver el reflejo de múltiples situaciones, que dependiendo el escritor se pueden usar para bien o mal. Porque la escritura es ante todo un poder que permite afectara a unos lectores.

Para Soledad Acosta la historia era importante y por ello dedicó gran parte de su vida para trabajarla y lo que tenía de importante la historia era que ésta le servía como ejemplo y guía para las mujeres, quienes ante todo tienen la función de educar moralmente a la sociedad, es por ello que el prólogo a la sección de “Estudios históricos” señala lo siguiente:

«“El estudio de la historia, dice Legouvé, debe ponerse en primera línea en la educación de la mujer”. Esta es la verdad; sin la ciencia histórica, es decir, sin el conocimiento de lo que hicieron las pasadas generaciones, la mujer no podrá jamás ejercer una influencia provechosa y legítima sobre la sociedad que la rodea. Dios le ha dado una gran misión: la de inspirar y conservar en el corazón humano el sentimiento de la virtud y de la más delicada moral, sin lo cual las sociedades se corrompen y las naciones se pervierten y aniquilan» (1880: 3).

Además, afirma que la historia es un buen vehículo para educar porque ésta «se dirige directamente a la viva imaginación de la mujer» (1880: 4), es decir, se toma este medio

para formar, a la mujer puesto que así como la instruye, en cierta medida, la divierte y la lleva a recorrer diversas situaciones y lugares que existieron verdaderamente. Pero son Historias de mujeres que se relacionan mucho con la mitología cristiana, y que recuerdan las palabras de Helena de Troya cuando dirigiéndose a Héctor su cuñado dice: «[...] a quienes Zeus nos dio la mala suerte a fin de que a los venideros les sirvamos de asuntos para sus cantos» (Homero, 1999: 132). La mayoría de mujeres sufrieron grandes trabajos, pero lo importante, más allá de si fueron reales o no, es que han quedado en la memoria de unos cuantos que sirven a los demás como ejemplo.

Ahora sí, retomando nuestra marcha luego de estas consideraciones, diremos que la manera en que Soledad Acosta presenta a sus personajes es como si lo hiciera para una novela. Cuando habla sobre la mujer griega, luego de enunciar cuál era su contexto comienza a enumerar a aquellas mujeres que fueron importantes: «A medida que la civilización se iba desarrollando en Grecia, la mujer fue también distinguiéndose y cultivando su inteligencia. Las primeras que se hicieron notables como poetisas fueron Mirtis, Corina y Praxilla» (1879, Tomo II: 101), de cada una de ellas menciona en términos generales lo relevante de su vida y los aportes que hizo, para posteriormente ampliar dicha información. Así mismo, sucede con la presentación de los personajes en *Anales de un paseo*. Aquí se inicia con un diálogo en el cual se presenta el contexto de la novela y luego se da paso a la enunciación de los personajes: «lo más íntimo de sus relaciones se hallaba reunido aquella noche en su sala, y se componía de: Doña Catalina, [...], Don Gregorio [...], Pepita Heredia [...], Adriana Álvarez [...], etc.» de cada uno de ellos se nos da una información breve que se va completando a lo largo de la novela.

Luego de introducir a los personajes, como lo habíamos dicho se comienza la narración de los “estudios” como si fuera el de un relato. Vemos, por ejemplo, la historia de Cecilia, en el estudio sobre la mujer italiana, de quien se nos comienza diciendo cómo fue su infancia alegre y tranquila, luego su conversión al cristianismo, y por último su entrega absoluta por la religión. Lo cual es muy similar a cuando se nos habla de Catalina de Cornaro en *Las dos reinas de Chipre*, de ella se nos narra cómo fue su juventud y luego como poco a poco fue quedando presa en las políticas venecianas. Es una forma de relato similar, lo que varía son las historias se cuentan dentro de él.

1. Las mujeres en la civilización

Soledad Acosta, a partir de su idea de lo que es la historia y su importancia inicia sus “estudios históricos sobre la mujer en la civilización²⁷” con la mujer hebrea y concluye su trabajo con el estudio acerca de las mujeres noruegas, suecas y danesas, &. Ahora bien, dado que el número de mujeres en la civilización que propone Soledad Acosta es extenso, nos centraremos en cuatro: “la mujer hebrea”, “la mujer romana”, “la mujer italiana” y “la mujer antes del cristianismo”, porque son estas “civilizaciones” de las cuales las colonias españolas más beben y, además, porque su influencia permanece hasta nuestros días, aunque, claro está, no con la misma intensidad de antes.

²⁷ El término Civilización es entendido por Soledad Acosta como : «[la idea de] progreso y desarrollo: es decir, el perfeccionamiento de la vida civil, el desarrollo de la sociedad propiamente dicha, de las relaciones de los hombres entre sí» (1880: 3)

1.1 La mujer Hebrea²⁸

Soledad Acosta llega al estudio de la mujer hebrea luego de haber realizado una pequeña síntesis sobre lo que ocurrió en la historia de la antigüedad en las diferentes civilizaciones hasta antes de la Edad Media, momento para el cual el cristianismo era una de las religiones más fuertes, la cual en comparación a la de las demás civilizaciones sí era verdadera y evitaba que el pueblo cayera en una decadencia moral lo cual fue lo que destruyó a los pueblos de antaño.

Este estudio inicia con la gran pena que se producía en las familias al tener una hija «porque, como desde los tiempos más remotos, los judíos aguardaban un Mesías, todos tenían la esperanza de que el varón que naciera podía ser Él, y la hembra alejaba la esperada fortuna» (11). A pesar de ello Soledad Acosta resalta que en comparación a las demás civilizaciones, las mujeres hebreas eran quienes menos eran irrespetadas y era reconocido su lugar fundamental dentro del hogar, ya que ante todo ella debían ser *mujeres fuertes*.

Las primeras mujeres que nombra la autora son las “matriarcas” del pueblo judeocristiano. Eva es la que primero se menciona porque se le considera la madre de todos, ella «fue el tipo perfecto de la mujer primordial, y su vida la de todas las mujeres» (11). Fue el tipo ideal al ser ella la primera mujer creada por Dios y su vida es la de todas las mujeres porque

²⁸ Todas las citas de este apartado están tomadas del Tomo primero abreviado de *La mujer* que se publicó en 1880, así que sólo se indicará la página de donde proviene el extracto.

al inicio estuvo llena de júbilo y deleite, posteriormente, su vida se tornó en sufrimiento a causa de las diferentes penas con las que debe convivir una mujer tales como: el maltrato por parte de un esposo, la pérdida de los hijos, los desengaños y demás tristezas que hacen que la mujer a lo largo de su vida siempre sufra. De hecho este pensamiento siempre está en la obra de Soledad Acosta, porque por ejemplo, en *El corazón de la mujer* afirma que la mujer tiene cuatro etapas en su vida, las cuales tiene en común el sufrimiento: «En la niñez vegeta y sufre; en la adolescencia sueña y sufre; en la juventud ama y sufre; en la vejez comprende y sufre. La vida de la mujer es un sufrimiento diario, pero éste se compensa en la niñez con el candor que hace olvidar; en la adolescencia, con la poesía que todo lo embellece; en la juventud, con el amor que consuela; en la vejez con la resignación» (1869 [2004]: 238).

Aparece también la historia de Sara, esposa de Abraham, considerada como la mujer más bella del mundo, motivo por el cual su esposo cuando llegaba a países extraños decía que era su hermana²⁹, con el fin que no lo mataran a él para adueñarse de ella, y aunque dos reyes intentaron desposarla, Dios impidió que ello sucediera, y a pesar de la infertilidad de ésta, dió a luz a Isaac, razón por la cual ella es considerada la madre de los fieles.

Aparecen luego dos mujeres: Rebeca, esposa de Isaac, y Raquel, esposa de Jacob. La primera se destaca por ser la única mujer de Isaac, siendo la poligamia lo común en aquella

²⁹ En el Génesis (12, 11-13) encontramos la siguiente afirmación: «Estando ya para entrar en Egipto, dijo [Abram] a Sarai su esposa: conozco que tú eres una mujer muy parecida, y que cuando los egipcios te habrán visto han de decir: es la mujer de éste; con lo que a mi me quitarán la vida y a ti te reservarán para sí. Di, pues, te ruego que eres hermana mía, para que yo sea bien recibido por amor tuyo, y salve mi vida por tu respeto».

época; y Raquel por ser la segunda esposa de Jacob, a quien siempre amó. Sin embargo, lo que las une es que ambas estuvieron al lado de sus maridos en circunstancias desfavorables y se caracterizaron por su delicadeza, laboriosidad y sencillez.

Luego, Soledad Acosta no menciona a una mujer, sino que se refiere a la acción de un hombre que tuvo un gran impacto en el trato que se le daba a la madre. Señala la autora que «de aquel respeto que mandaba Moisés³⁰ tuviese cada israelita por su madre, se generó un sentimiento de respeto para con toda las mujeres; lo que poco a poco las situó en una posición excepcional entre las mujeres de aquella época remotísima» (15).

Posteriormente, son mencionadas nueve mujeres que ejercieron una gran influencia dentro del pueblo hebreo o que han servido de modelo, tanto d mujer como de cristiana. Estas mujeres se pueden separar en tres categorías: las abnegadas Ruth y la hija de Jefté, quienes se entregaron totalmente a la voluntad de Dios y con su ejemplo de ternura y dulzura «suavizan las costumbres rudas de la época» (17). Además, las esclavas y sirvas: Ana y Abigaíl, quienes se entregaron totalmente al servicio, la primera a Dios, y la segunda a su esposo; convirtiéndose, pues, en el ideal de mujer obediente y piadosa que querían los hombres y que dan la idea de lo que debe ser una cristiana para la época de la autora. Y por ultimo, están las salvadoras del pueblo Judith y Esther, la primera evita que sea destruido el pueblo hebreo y rechaza todo tipo de homenaje; y la segunda, gracias a su posición

³⁰ Señala Soledad Acosta que «La ley promulgada por Moisés trajo a la hebrea un alivio que en breve se convirtió para ella en bendición. Dijo: “la bendición del padre afirma las casas de los hijos, más la maldición de la *madre* saca de cuajo lo cimientos” Más lejos añade: “el que abandona a su padre es infame, y el que enoja a su madre es maldecido por Dios» (15).

favorable en el imperio persa permitió que su pueblo no sufriera y que, en algunos casos, ocupara altos cargos, lo cual les permitió mejorar su condición luego de haber sido siervos y esclavos.

Dos mujeres rompen con estos estereotipos la madre de los Macabeos, quien por cumplir la ley de su pueblo prefirió ver muertos a sus siete hijos con los más grandes martirios³¹, y Débora quien para 1305 a. C. compuso un cántico para levantar al ejército, y según Soledad Acosta, es la primera obra compuesta por una mujer.

La autora concluye diciendo:

«Así, pues, hemos visto a la mujer hebrea a través de los siglos en todas las posiciones que podía ocupar en aquella época del mundo. Culpable e ignorante antes del diluvio; precipitando al hombre a toda clase de crímenes; humilde pero llena de dignidad en los tiempos patriarcales, como lo fueron Sara, Rebeca, Raquel y las demás matronas de aquella época; nula en el tiempo de Moisés, cuando el pueblo hebreo sólo se ocupaba en guerrear contra sus enemigos; influyente y notable en tiempo de la profetisa Débora; esclava y conforme con su humillante posición, bajo el reinado de David y Salomón; cruel y sanguinaria como Jezabel y Atalía; patriota y sin escrúpulos, como Judith; corruptora y corrompida en los últimos tiempos, andes de Jesucristo, cuando ya la nación judaica no tenía prisionería, su destino tocaba a su término» (21).

Vemos que las mujeres que aparecen en el Antiguo Testamento son variadas y de cada una de ellas se puede aprender, que es lo que se busca Soledad Acosta por medio de este estudio. Se podrían reconocer cuatro virtudes que están presentes en la mayoría de éstas, a saber: la humildad, virtud de gran importancia no sólo para la época, sino para el momento

³¹ Afirma Soledad Acosta que «si todas las mujeres hubiesen sabido sostenerse así en la fe de sus padres, se conservaría el cristianismo en todas partes tan puro y noble como el de los primeros tiempos» (20).

en la cual se escribe este estudio, porque evita que se vuelva el ser humano egoísta y soberbio; la laboriosidad, virtud también fundamental porque se rechaza el comportamiento de aquellas mujeres que se dedican exclusivamente al cuidado de su cuerpo o a banalidades, por ello se plantea que si no necesita trabajar para sí o para su familia, puede trabar para aquellos que la necesitan, lo cual nos lleva a la tercera virtud que es el servicio, por medio del cual se plantea que la mujer siempre debe estar dispuesta tanto para Dios como para su esposo en todo momento. Y por último, la virtud femenina por excelencia, ser madres, es la razón por la cual la mujer existe, pero si carece de las virtudes antes señaladas será no una alegría, sino una gran carga para su pueblo, propiciando la corrupción de éste.

Es necesario aclarar que la principal fuente usada por Soledad Acosta para este estudio es la Biblia, y esta no se puede catalogar ni como un texto científico ni como una obra histórica como tal, sino que por el contrario se la debe ver como la reunión de muchos géneros, estilos, conceptos, disciplinas, etc. De hecho, el pentateuco, reúne dentro de sí una gran variedad de relatos procedentes de otras culturas, pero que se adaptan y comienzan a ser parte de la tradición judeocristiana, relatos que ante todo son mitos.

La Biblia tiene mucho de literatura, por ello durante los últimos años se la ha estudiado bajo ciertas teorías literarias. De hecho la historia de Judith es considerada como una novela histórica, en la medida en que su narración tiene de base un hecho del cual se tiene

noticias que verdaderamente sucedió, pero se desconoce si la historia de Judith es verdadera, y se suele decir que hace parte de la construcción de un autor³².

1.2 La mujer Romana

Casi que no se puede hablar de Roma sin antes haber hablado de Grecia, en parte porque ésta cultura toma, en gran medida, de las tradiciones y pensamientos de aquélla. La mujer griega, de acuerdo a lo que nos dice Soledad Acosta, era considerada por los hombres como una esclava, la cual no tenía derechos; las niñas se formaban alejadas de los hombres en los deberes de las amas de casa e incluso en su ajuar se les «ponía una sartén, símbolo de los cuidados domésticos» (1879, 20 de mayo: 78), estas mujeres sólo hasta que se hacían madres se desligaban de su condición de esclavas, adquieran ciertas libertades.

³² Luis Rivas señala que «el libro de Judit se presenta como un relato histórico que provoca un sobresalto del lector en sus primeras palabras: “Era el año duodécimo del reinado de Nabucodonosor, que gobernó a los asirios en la gran ciudad de Nínive...” (Jud 1, 1). [...] Otros detalles de la narración contribuyen para confundir más al lector que cree estar leyendo un relato histórico: en esos días del reinado de Nabucodonosor los judíos ya han regresado de la cautividad y han reconstruido el Templo de Jerusalén, sucesos que tuvieron lugar mucho después de la muerte de ese Rey, cuando ya no reinaban los babilonios sino los persas. [...] Los personajes del relato son delineados con rasgos intencionalmente contradictorios: Judit, una mujer viuda, derrota a todos los enemigos de Israel sin contar con ningún ejército; el rey más poderoso de la tierra cae vencido ante la belleza de una mujer; un pagano, Ajjior, tiene más fe que los israelitas, mientras que éstos, temerosos y desalentados, están dispuestos a rendirse ante los enemigos. [...] Los comentaristas, por lo general, coinciden en catalogar este libro como “novela religiosa”, aunque no se muestran concordes en el momento de dar mayores precisiones. [...] También aquí habría que decir que si este relato se cataloga como “histórico”, es “una historia que debe ser creída porque está relatada”, a pesar de las dificultades que encuentra el lector ante los datos históricos y geográficos tal como están presentados. Cuando el lector presta atención a los indicios que el autor coloca intencionalmente en el primer versículo, debe optar por otra forma de leer la obra. Con el aporte de los expertos en literatura se podría analizar el texto desde el punto de vista de la narrativa novelística, y esto ayudaría a captar aspectos del sentido literal de la obra que pueden pasar desapercibidos para quien es solamente teólogo. [...] En el caso citado se trata de una novela en la que el trasfondo histórico es puesto en cuestión por los datos aportados por el mismo autor. La novela histórica, sin embargo, por sí misma no prejuzga sobre la historicidad. Se puede escribir una novela histórica que tenga como argumento un hecho histórico» [en línea].

De igual manera, debido a la evolución del pueblo griego las mujeres fueron adquiriendo diferentes roles alejados de los quehaceres domésticos. Un importante ejemplo de ello son las mujeres que se dedicaron a la poesía y a la pintura y demás artes; ellas dieron su vida a las diversas artes y a pesar que son varias las mujeres que se dedicaron a tales quehaceres son pocos los nombres y obras que se conservan.

Así mismo, sobresalen las mujeres guerreras y gobernantes, las espartanas, de las cuales se nos dice que tenían una formación igual a la del hombre, y las mujeres de la región de Albania y Arcadia, quienes estuvieron en el poder tres veces y supieron sacar adelante a su pueblo.

Ahora bien, tomando como base a la mujer griega, Soledad Acosta inicia su estudio de la mujer romana, la cual, al igual que la griega, era considerada « un ente inferior, menos que los esclavos, que no contaba para nada en las leyes ni en las costumbres: su posición era, pues, más que humilde, sumamente abatida y triste»(1879, 5 de agosto: 198). Las mujeres estaban totalmente sometidas a la voluntad de su padre, quien se podía despojar de ellas en el momento en que se convirtieran en una pesada carga para él, y al momento en que se casaba su situación no cambiaba mucho, puesto que ella siempre debía cumplir la voluntad de su esposo y si éste moría, ella hacía parte de la herencia.

Luego Soledad Acosta señala mujeres que se caracterizaron por su ambición, la cual propiciaba toda clase de crímenes como los de Tulia, quien mata a su propio padre.

Posteriormente menciona, brevemente, la historia de Lucrecia, pues gracias a ella se formó la República, luego de que la monarquía se disolviera.

Posteriormente, se refiere a las mujeres más respetables de la sociedad romana, quienes tenían una función sagrada, Soledad Acosta nos dice: «las Vestales, vírgenes que se escogían entre la clase patricia para que custodiasen el fuego sagrado de cuya lumbre jamás apagaba, creían los romanos que dependía su felicidad» (1879, 15 de octubre: 30); su labor era de vital importancia para el pueblo romano, y ello implicaba un gran esfuerzo para la mujer romana porque debía permanecer virgen, lo cual no era lo común en la época, ya que siempre se buscaba que la mujer diera a luz nueva vida que ayudase a expandir y mantener el Imperio.

La autora, un par de número después, señala a dos mujeres que se caracterizaron por el impacto que generaron al ser madres, la primera es Veturina, madre de Coroliano, gobernante romano que fue expulsado de Roma y aliándose con los enemigos de su ciudad la sitió, ella reprochó su actitud y evitó que la ciudad entrara en guerra. Soledad Acosta nos narra: «Es preciso que yo sepa si me viene a abrazar un hijo mío o un enemigo de mi patria; si soy tu madre o tu prisionera... ¿cómo es esto Coriolano?... a la vista de los muros de Roma has dicho por ventura: “pienso atacar la ciudad sagrada que encierra mis dioses penantes, mi madre, mi esposa, mis hijos?...” Desgraciada de mí!... si yo no hubiera sido madre, Roma no se vería sitiada!... Si no hubiera dado a luz este hijo, yo moriría independiente en un el seno de un país libre» (1879, 1 de octubre: 6). Sobre este diálogo no

hay ningún registro histórico, por lo cual podemos decir que proviene de la imaginación de la autora, reafirmando así lo que mencionábamos al inicio de este capítulo.

La segunda mujer a la cual hace referencia Soledad Acosta es Cornelia, la madre de los Gracos, quien no apoyaba las banalidades con las que vivían las romanas, y por el contrario no encontraba mayores lujos que el de sus hijos³³, por tal razón se esmeró en su educación.

Así mismo, a pesar del sistema patriarcal dentro del cual vivían los romanos, algunas mujeres se desempeñaron como “abogadas”, y se encargaban de defenderse a sí mismas o a otras mujeres en algunos pleitos, las más conocidas son Afrania y la hija del orador Hortensio, Hortensia, ambas eran de familias nobles dentro de la sociedad romana y sus voces nunca fueron acalladas.

Para terminar su estudio, Soledad Acosta hace referencia a una de las mujeres que quiso romper con la imagen de esclava que tenían algunos hombres acerca de las mujeres, Porcia, esposa de Bruto, quiso demostrarle a su esposo, hiriéndose a sí misma, que ella, al igual que sus más grandes amigos, también era de confiar, es por ello que la autora pone en boca de Porcia las siguientes palabras: «Bruto, soy hija de Catón. Si yo vine a vivir a tu casa no fue en calidad de esclava sino en la de esposa: una esposa debe participar de las penas de su marido. Hasta ahora no había tenido ninguna queja de ti, pero hoy adivino que me ocultas

³³ Señala Soledad Acosta que «Cornelia era mujer de talento, amante de la literatura, protectora de las artes, pero enemiga de la pompa inútil en el vestido. Ella fue la que dijo aquellas palabras, tantas veces citadas, mostrando a sus hijos, cuando una amiga la preguntaba cuantas joyas tenía: Estas son mis joyas» (1879, 15 de noviembre: 78)

un secreto, porque no piensas que soy capaz de prudencia suficiente y de entereza de ánimo, y por eso he querido soportar, sin exhalar una queja, un dolor intenso para probarte mi fortaleza. Bruto, una buena educación, y el trato con gentes virtuosas, elevan el espíritu femenino y forman un carácter varonil» (1879, 1 de diciembre: 102).

Porcia es la última mujer que menciona Soledad Acosta, debido a que, según sus estudios, la sociedad romana cada vez se fue deteriorando y corrompiendo hasta el punto en que las mujeres «ya no eran mujeres sino monstruos que no guardaban del ser humano sino su aspecto» (Acosta, 1880, 1 de febrero: 150), en este sentido, según Soledad Acosta, aquella sociedad no hubiese perdurado si no hubiese sido por el Cristianismo, que transformó al pueblo romano, produciendo no mujeres malvadas, sino santas dignas de admirar.

1.3 La mujer italiana

Veíamos como la sociedad romana había caído en completa decadencia, dentro de la cual ya no había mujeres dignas de admirar, porque si los hombres eran seres burdos y malévolos, las mujeres lo eran aún más, porque se pensaba que en ellas tanto las virtudes como los defectos eran más fuertes. Sin embargo, Soledad Acosta señala que fue gracias a la penetración del cristianismo en Roma que esta sociedad comenzó de nuevo a producir mujeres que servían de ejemplo para la sociedad santafereña de finales del siglo XIX, porque, ante todo, se destacan santas mártires que entregaron su vida por el cristianismo.

Nos dice Soledad Acosta que: «la paz, la unión, la caridad, el celo por la religión que profesaban, eran las virtudes de las cristinas de esa primera época. Llenos de celo y

entusiasmo por su fe en Jesucristo las esposas alentaban, conformaban y ayudaban a sus maridos en la hora de las pruebas y las persecuciones» (1880, 15 de febrero: 175), Lo más importante de aquellas mujeres es que estaban dispuestas a defender su creencia y a motivar a que las demás personas se convirtieran a ésta que era considerada la verdadera religión, y es menester señalar que hubo mujeres mártires en todas las esferas de la sociedad.

De igual manera, gracias a la inclusión de nuevas tradiciones y normas en el pueblo romano, se logró que la mujer recibiera un mejor trato por parte del hombre, porque era vista ahora, ya no como una esclava, sino como un ser que tenía casi que las mismas capacidades que el hombre³⁴. Aunque esto no significó que la mujer estuviese valorada sólo por el hecho de ser mujer, siempre le estuvo impuesto el deber ser de madre, ya que, al igual que en Roma, se buscaba que hubiese más cristianos dispuestos a entregar su vida por difundir la palabra de Dios.

De hecho, las mujeres que menciona Soledad Acosta a lo largo de su estudio acerca de la mujer romana son o santas, o mártires, o santas mártires, en contraposición a lo dicho durante la última etapa de la mujer romana. Ya no se presentan mujeres cuyas acciones hayan sido malas hasta el punto de causarle daño a su pueblo, ahora las mujeres italianas son personas bondadosas que han buscado restaurar la moral de su pueblo por medio del ejemplo.

³⁴ Afirma Soledad Acosta que «Con la institución del matrimonio cristiano [...] la mujer no era ya una esclava a quien su marido tenía derecho a repudiar; ya no era una cosa que podía vender, ceder y recobrar a su antojo y capricho, sino su igual en autoridad para con sus hijos, aunque sujeta dentro de los límites trazados por la mano de la justicia divina y la caridad de Jesucristo» (1880, 1 de marzo: 197)

Ahora bien, podemos tomar de ejemplo la historia de Cecilia quien, según Soledad Acosta, «es una de las santas más dignas de respeto, admiración y culto entre todas las que registra el martirologio cristiano [...] Casada contra su voluntad con Valerio, un joven pagano, logró desde el primer día de su matrimonio que la permitiese dedicarse a Dios, contribuyó a convertir a su esposo y a otros miembros de su familia, y todos juntos se entregaron a una vida de fe, de caridad inagotable y de espíritu de proselitismo, convirtiendo al cristianismo a muchos paganos endurecidos» (1880, 15 de marzo: 222).

Por ese estilo son todas las mujeres que nos presenta la autora, quienes ejercieron una gran influencia dentro del pueblo romano, y en cierta medida permitieron que el cristianismo se expandiera por todo el mundo, convirtiéndose en una de las religiones más importantes y que para la época aún se conserva.

1.4 La mujer europea antes del cristianismo

Es un estudio que abarca la situación de la mujer antes del cristianismo en diferentes regiones de Europa tales como Galia, Gran Bretaña y Escandinavia, regiones que al igual que Roma se caracterizan por su corrupción al no tener de guía al cristianismo dado que no lo conocían. Así mismo, esta parte es la introducción al estudio de la mujer durante la Edad Media, el cual no se desarrolló porque la revista se dejó de publicar.

Soledad Acosta, inicia su estudio con la mujer española debido a que

«La historia de España es la que más debería interesarnos a los hispanoamericanos. No podemos conocer verdaderamente la historia patria si no tenemos algunas nociones de lo que hicieron nuestros antepasados. ¿Qué adelantamos con empezar a aprender historia patria desde la conquista de América por los españoles, si en

realidad no sabemos quiénes eran los españoles? Y no podemos saberlo por cierto, si no estudiamos los anales de aquella patria de nuestros padres. Así es que en esta sección de nuestros estudios históricos nos extenderemos más que en las otras. Por otra parte nosotros no nos dirigimos a personas doctas e instruidas ya, sino a aquellas mujeres que desean adelantar en sus estudios y quieren conocer, aunque sea en compendio, lo que han sido las mujeres del pasado. Sirviéndoles estos pequeños ensayos como punto de partida para estudios más extensos y pormenorizados» (1880, 15 de noviembre: 5).

Para Soledad Acosta es importante reconocer la historia española y así mismo, la influencia que tuvo la mujer en esa historia; sin embargo, las anotaciones sobre la mujer española antes del cristianismo son casi nulas, en la medida en que son pocas las fuentes conocidas donde se menciona a las mujeres que ejercieron algún tipo de influencia, y, además, Soledad Acosta manifiesta que al no existir rastros de una historia durante la dominación romana hacia ese territorio, es porque no hay nada digno de contar en la medida en que fueron años felices.

En segundo lugar, trata a las mujeres galias y centra su estudio en las mujeres sacerdotisas quienes eran personas de gran importancia. A ellas se les consultaba al momento de tomar decisiones en los negocios, guerras, viajes, además se decía que tenían poderes curativos y por ello su influencia es muy fuerte dentro de la sociedad. A pesar de ello con la llegada del cristianismo su influencia se redujo en la medida en que «se las trató de brujas y hechiceras» (1881, 15 de enero: 52) siendo muchas de ellas condenadas a la hoguera o a la prisión.

En tercer lugar se habla de la mujer en la Gran Bretaña de la cual no se tienen muchos reportes, además de considerarlas personas fuertes, que educaban a sus hijos en su tradición

y quienes en ocasiones acompañaban a sus esposos al campo de batalla; no son más los datos que Soledad Acosta nos da al respecto.

Por último, la autora concluye su análisis introductorio con la mujer escandinava de la cual nos dice que: «la suerte de la mujer entre aquellas tribus era peor que en ninguna otra parte del mundo. Esclava y de peor condición que los animales domésticos, las mujeres podían ser matadas como perros, sin que el que lo hacía incurriese en pena alguna. Las mujeres debían dormir sobre ladrillos desnudos, en tanto que los hombres gozaban de las comodidades que podían proporcionarse. Cuando quedaban viudas, se las quemaba sobre el sepulcro de su marido. Así las madres frecuentemente mataban a sus hijas al nacer» (1881, 1 de abril: 197). Esta situación no es nada alentadora, pero de nuevo se nos dice que con la llegada del cristianismo esta situación mejoró y las mujeres pudieron tener un lugar más digno dentro de la sociedad.

Como vemos a lo largo de estos estudios, prima la imagen de una mujer que obedece la voluntad de su padre y esposo aún cuando no está de acuerdo con él, que sirve de ejemplo no sólo a su familia, sino a su sociedad, que se dedica a otras labores fuera de las domésticas y no por ello descuida sus labores como mujer o como madre, que a pesar de las adversidades siempre mantiene la calma, que ama a su esposo y le sirve de sosiego, y lo más importante que es católica creyente. Todas estas virtudes son las que desea Soledad Acosta que tenga la mujer santafereña de finales del siglo XIX, porque considera que si así son las mujeres serán unas buenas formadoras de ciudadanos.

CONCLUSIÓN

Las publicaciones seriadas fueron una herramienta de gran ayuda en el proceso educativo de las mujeres en la medida en que por medios muy didácticos tales como la literatura y la historia, concebida como un relato que divierte, fueron transmitidos los ideales de mujer y de nación que se tenían para la segunda mitad del siglo XIX.

Partiendo de aquellos “Estudios sobre la mujer en la civilización” Soledad Acosta propone un ideal de mujer que sería perfecto para la recién constituida nación colombiana. Esta mujer debe ser ante todo católica, y por lo tanto seguir los mandamientos y demás ordenanzas de la Iglesia, con el fin de dar una buena imagen no sólo de ella, sino de su familia, imagen que recalca la moral que habita en aquel hogar del cual ella es dueña.

Así mismo, es necesario señalar que los límites entre la historia y la literatura aún no están del todo definidos. Por ejemplo, vemos en algunas novelas históricas de Soledad Acosta citas que hacen referencia a las fuentes usadas, con lo cual se busca afirmar que lo dicho sucedió verdaderamente, tal como lo hacen los historiadores, pero Soledad Acosta además construye todo un relato ficcional dentro del cual están inmersos aquellos sucesos verdaderos. Lo mismo sucede con sus “Estudios históricos sobre la mujer en la civilización” porque hay ciertos momentos en los cuales crea diálogos que no existieron en la realidad con el fin que su texto sea más ameno, sin que por ello se elimine la categoría de historia que en ellos hay.

Además tanto en sus novelas como en sus estudios históricos lo que hay es una gran preocupación por la educación de la mujer, entonces poco importa la disciplina o ciencia desde la cual se está hablando, lo importante es el fin al cual se quiere llegar. Entonces,

vemos que no hay una ruptura que separe totalmente a la literatura de la historia, por el contrario pareciera que Soledad Acosta lo que hace es unir estos dos pensamientos para que el uno complemente al otro y así obtener un texto que atrape a sus lectoras y les deje una buena enseñanza.

Ahora bien, es necesario decir que los estudios sobre esta autora tanto en literatura como en historia son muy escasos, y en ninguna de estas dos ramas de pensamiento se han preocupado por ver la manera en que esta autora conjuga ambos estudios. De hecho, en América Latina son pocos los trabajos que mencionan la estrecha relación que hay entre las obras literarias e históricas que desde finales del siglo XV han definido lo que somos, porque qué son las crónicas si no la unión de estas dos corrientes.

América Latina pareciera que a diferencia de Europa nunca ha separado estas dos corrientes de manera tajante; sin embargo, casi que ningún científico social o profesional en estudios literarios ha querido ver eso como un objeto de estudio, que hace parte de nuestra identidad y por lo tanto de lo que somos. Porque cómo se explica el “realismo mágico”, sólo como un modelo literario o como la reafirmación de que aquello real o histórico, está unido a algo mágico o literario.

Además tanto el discurso histórico como el literario esta construido por un lenguaje, que es a su vez es una construcción humana producto de una necesidad. Es decir que ambas están hechas de lo mismo, motivo por el cual «si al texto literario se le niega la capacidad de representar la realidad, también se le niega a los demás textos, y la distinción que tradicionalmente se ha trazado entre literatura y “documento” [historia] pierde sentido

puesto que ambos participan por igual en el juego errático del lenguaje y la intertextualidad. Si no podemos dar alcance a la “vida” por medio de la literatura, no podemos dar alcance al “pasado” por medio del documento [historia]» (Spiegel, 1994: 130).

Ahora bien, Soledad Acosta es, pues, una mujer muy prolífica que permite que se la estudie desde diferentes campos y perspectivas, por que ella en su vida misma es la unión de gran número de elementos que se consideraban opuestos, tales como el ser madre y esposa y a la vez desarrollarse en otro campo fuera de su hogar; el de unir sus conocimientos literarios a los históricos y viceversa, etc. Y aún hace falta que se la estudie más, por ejemplo, sería interesante estudiar aquellas novelas publicadas en sus revistas, pues, aunque tomamos algunas como ejemplo para anclar dos formas de pensamiento no se tiene un estudio de éstas; también se podría ver la manera en que sus obras fueron recibidas; ver cómo las mujeres no burguesas recibieron sus obras, las cuales son notablemente excluidas; reconocer la inspiración extranjera de la cual ella se nutre, ver en qué puntos se adoptó tal cual y cuales se acomodó teniendo en cuenta la realidad de Colombia en aquella época.

Finalmente, vemos que es importante reconocer nuestro pasado tanto histórico como literario, por eso en este año de conmemoración a los doscientos años de Independencia, es necesario ver y escuchar aquellos otros discursos que fueron tenidos en cuenta para la construcción de lo que somos ahora. Por eso este trabajo no es más que la introducción a un campo de estudio que está casi vacío, y dentro del cual lo más relevante es que dos disciplinas apartadas se vuelven a unir en comunión, donde cada una se reconoce como necesaria.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía Soledad Acosta de Samper

Acosta, S. (1880) *La mujer lectura para las familias*, Bogotá, Imprenta Silvestre y Compañía, Tomo I.

----- (1879, abril - octubre) *La mujer lectura para las familias*, Bogotá, Imprenta Silvestre y Compañía, Tomo II.

----- (1880, octubre - abril) *La mujer lectura para las familias*, Bogotá, Imprenta Silvestre y Compañía, Tomo III.

----- (1880, abril - octubre) *La mujer lectura para las familias*, Bogotá, Imprenta Silvestre y Compañía, Tomo III.

----- (1881) *La mujer lectura para las familias*, Bogotá, Imprenta Silvestre y Compañía, Tomo IV.

----- (1884-1885) *La familia lecturas para el hogar, revista literaria, histórica e instructiva*, Bogotá, imprenta la luz

----- (1889) *El domingo de la familia cristiana*, Bogotá.

----- (1896) *Domingos de la familia cristiana: evangelios, prácticas y conversaciones sobre religión*, París, Garnier.

----- (1988) *Una nueva lectura*, Ordóñez, M- (edit.) Bogotá, Fondo de Cultura Cafetero.

----- (2004) *Novelas y cuadros de la vida suramericana*, Ordóñez, M. (edit.). Bogotá, Editorial Universidad Javeriana y Ediciones Uniandes

Bibliografía citada

Acosta, C. (1999) “Segunda parte: Vosotros, señores, que honráis con vuestras miradas El mosaico”, en *Lectores, lecturas y leídas: historia de una seducción en el siglo XIX*, ICFES, pp. 69 – 140.

Alzate, C. (2003) *Soledad Acosta de Samper, una historia entre buques y montañas*, Bogotá, Colciencias.

Alzate, C. y Ordoñez, M. (2005) *Soledad Acosta de Samper, escritura, género y nación en el siglo XIX*. Madrid, Iberoamericana.

Bermúdez, S. (1993) *El bello sexo. La mujer y la familia durante el Olimpo radical*, Bogotá, Uniandes.

----- (1994) *hijas, esposas y amantes. Género, clase, etnia y edad en la historia de América Latina*, Bogotá, Uniandes.

Bushnell, D. (1999) *Colombia una nación a pesar de sí misma*, Bogotá, Planeta.

Dejong, J. (1995) “Mujeres en la literatura del siglo XIX” en Velásquez, M. (Dir.) *La mujer en la historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Norma. Tomo III, pp. 137 - 157

Eagleton, T. (1988) “Introducción: ¿qué es literatura?” en *Una introducción a la teoría literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 11 – 28.

Jaramillo, M., Robledo, I. y Rodríguez, F. (1991) *¿Y las mujeres? Ensayos sobre literatura colombiana*, Medellín, Universidad de Antioquia.

La Biblia (2007), Navarra, Editorial Verbo Divino.

Londoño, P. (1995) “Las publicaciones periódicas dirigidas a la mujer en Colombia, 1858 - 1930” en Velásquez, M. (Dir.) *La mujer en la historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Norma. Tomo III, pp. 302 - 329

Perus, F. (Comp.) (1994) *Historia y literatura*, México, Instituto Mora.

Shipley, J. (Dir.) (1962) *Diccionario de la literatura mundial*, Barcelona, Ediciones Destino.

Toro, D. (2006, enero - junio) “Historias literarias nacionales: una realidad política” en *Lingüística y literatura*, año 27, núm. 49, pp. 51-74

Vargas, N. (2006, enero - junio) “Aproximaciones al problema de las literaturas de minorías. Mujeres, negros e indígenas en el mapa historiográfico de la literatura colombiana” en *Lingüística y literatura*, año 27, núm. 49, pp.115- 134

White, H. (2005) *Metahistoria, la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, fondo de Cultura Económica.

Bibliografía consultada

Aguirre, B. (2000, enero - junio) “Soledad Acosta de Samper y su performance narrativo de la nación” en *Estudios de literatura colombiana*, núm. 6, pp. 18 -34.

Bermúdez, S. (1995) “Familia y hogares en Colombia durante el siglo XIX y comienzos del XX” en Velásquez, M. (Dir.) *La mujer en la historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Norma. Tomo II, pp. 240 -291

Calle, M. (1996, enero – junio) “Soledad Acosta de Samper: el placer de imaginar la historia” en *Cuadernos de Literatura*, vol. 2, núm. 3, pp. 24 – 32.

Gallego, J. (1990) *Mujeres de papel: de Hola! A Vogue: la prensa femenina en la actualidad*. Barcelona, Icaria, pp. 17-48.

eer, F. (1998) “Jews and women” en *The medieval world Europe 1100- 1359*, Londres, Phoenix Prees, pp. 254 – 266.

Herrera, M. (1995) “Las mujeres en la historia de la educación” en Velásquez, M. (Dir.) *La mujer en la historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Norma. Tomo III, pp. 330 – 354

Gómez, G. (1988) “El proyecto feminista de Soledad Acosta de Samper: una extraña anomalía” en *Entre María y la Vorágine. La literatura finisecular*, Bogotá, fondo de Cultura Cafetero, Cap. 3

Laverde, A. (2006, enero - junio) “(Im) pertinencia del concepto de tradición literaria para una historia de la literatura colombiana” en *Lingüística y literatura*, año 27, núm. 49, pp. 33-50

Londoño, P. (1995) “El ideal femenino del siglo XIX en Colombia: entre flores, lágrimas y ángeles” en Velásquez, M. (Dir.) *La mujer en la historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Norma. Tomo III, pp. 302 - 329

Martínez, A. (1995) “Mujeres y familia en el siglo XIX” en Velásquez, M. (Dir.) *La mujer en la historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Norma. Tomo II, pp. 292 – 321

Ortiz, J. (1995) “La sociedad colombiana en el siglo XIX” en Velásquez, M. (Dir.) *La mujer en la historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Norma. Tomo II, pp. 169 - 203

Rowling, M. (1973) “Women and wives” en *The life in the medieval times*, Nueva York, Berkley Publishing Group, pp. 72 – 93.

White, H. (2003) “El texto histórico como artefacto literario” en *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Ediciones Paidós, pp.

Thomas, F. (1995) “mujer y código simbólico” en Velásquez, M. (Dir.) *La mujer en la historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Norma. Tomo III, pp. 11 - 23

Fuentes electrónicas

Álvarez, M. (2002) “La educación de la mujer en el sur colombiano Pasto, 1880-1930” en *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, Núm. 4. [Disponible en línea], <http://www.rhela.rudecolombia.edu.co/index.php/rhela/article/viewFile/11/> recuperado: agosto 19 de 2009

Cantero, A. (2007, diciembre) “De perfecta casada a ángel del hogar, o la construcción del arquetipo femenino del siglo XIX” en *Tonos: revista electrónica de estudios filológicos*, núm. 14, [Disponible en línea] <http://www.um.es/tonosdigital/znum14/secciones/estudios-2-casada.htm>, recuperado: noviembre 29 de 2009.

Hincapié, L. (2007, enero- junio) “Virgen, ángel, flor y debilidad: paradigma de la imagen de la mujer en la literatura colombiana de finales del siglo XIX” en *Tabula rasa: revista de humanidades*, núm. 6, pp. 287-307. [Disponible en línea], <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/396/39600612.pdf>, recuperado: octubre 23 de 2009

Londoño, P. (1984) “La mujer santafereña del siglo XIX” en *Boletín cultural y bibliográfico*, Vol. XXI, núm. 1 [Disponible en línea] <http://www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti3/bol1/mujer1.htm>, recuperado: mayo 16 de 2009.

Martínez, C. *Textos: vindicación de los derechos de la mujer* [Disponible en línea], <http://www.raco.cat/index.php/Asparkia/article/viewFile/108391/154822>, recuperado: octubre 15 de 2009

Pérez, M (2005, primavera) “De ángeles del hogar a "parásitos": La crisis del ideal de feminidad en la Inglaterra de finales del siglo XX” en *Cyber Humanitatis*, núm. 36. [Disponible en línea], http://www.cyberhumanitatis.uchile.cl/CDA/vida_sub_simple3/0,1250,PRID%253D16316%2526SCID%253D16318%2526ISID%253D577,00.html, recuperado: septiembre 13 de 2009

Rivas, L. (s.f) *La Biblia como literatura. La palabra en la tradición judeo-cristiana*, [disponible en línea] <http://www.enduc.org.ar/comisfin/ponencia/402-01.doc>, recuperado: diciembre 18 de 2009.

Salcedo, P. *La Prensa femenina*, [Disponible en línea] http://www.canalsocial.net/GER/ficha_GER.asp?id=9960&cat=medioinformacion, recuperado: octubre 15 de 2009.